



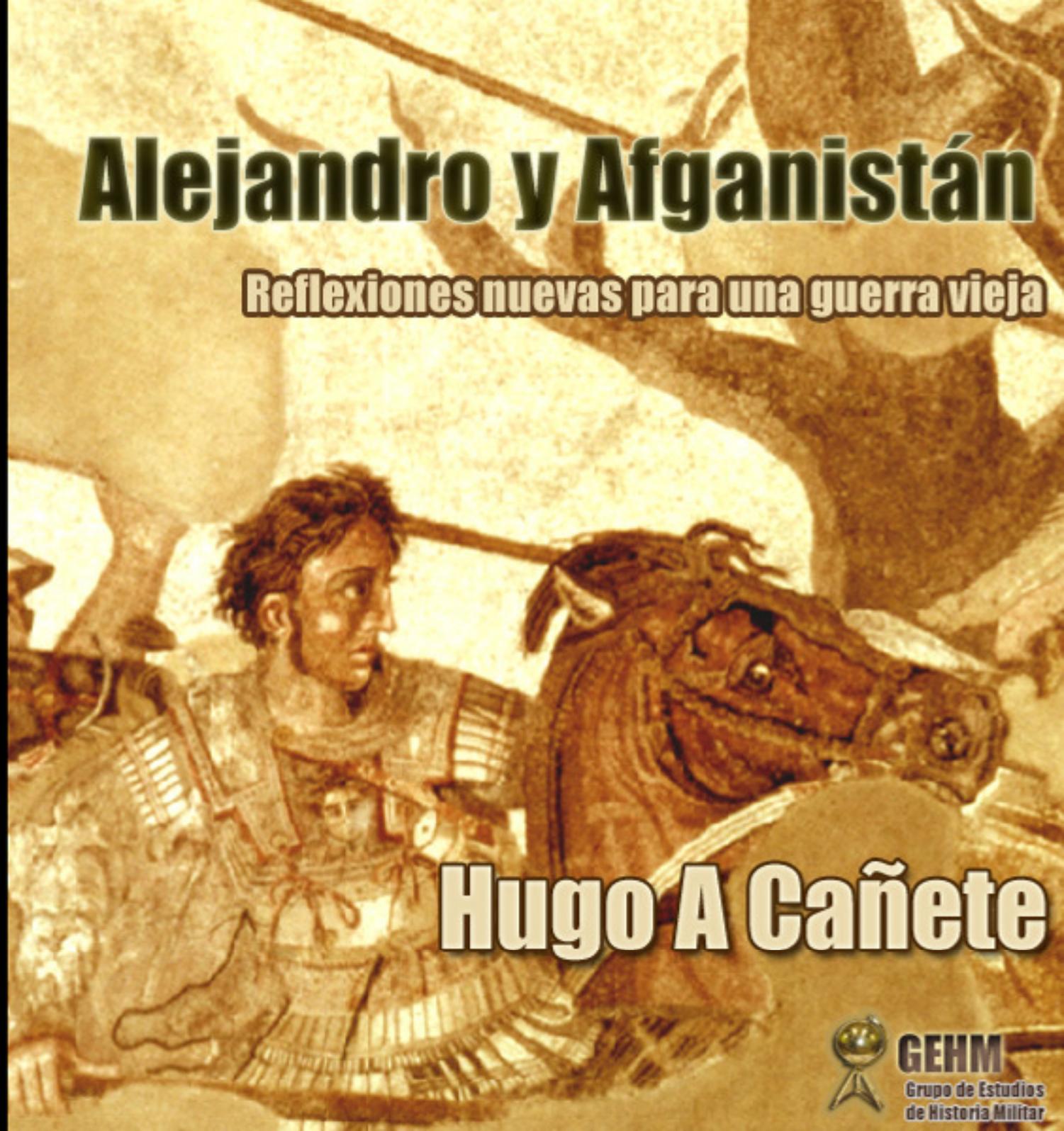
Lo que el presidente norteamericano George Bush llamó a principios de la pasada década "la primera guerra del siglo XXI", refiriéndose a la intervención norteamericana en Afganistán, comenzó en realidad un día de otoño de hace 2.340 años, cuando Alejandro Magno inició la primera invasión de aquellas tierras jamás llevada a cabo por una superpotencia occidental.

Esta es la historia de aquella campaña y de sus paralelismos con la situación que están viviendo allí las tropas occidentales en la actualidad.



Alejandro y Afganistán

Reflexiones nuevas para una guerra vieja



Hugo A Cañete



GEHM
Grupo de Estudios
de Historia Militar

Título: ALEJANDRO Y AFGANISTÁN. Reflexiones nuevas para una guerra vieja.

© 2010 Hugo A Cañete



GEHM. Grupo de Estudios de Historia Militar

Maquetación y mapas: Hugo A Cañete

Foto Portada: Detalle del Mosaico de Issos, hallado en Pompeya.

Foto Contraportada: Soldados norteamericanos en las viejas murallas de Farah.

Se permite la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos siempre que sean sin ánimo de lucro y se haga la correspondiente cita de la fuente.

Grupo de Estudios de Historia Militar

www.gehm.es

info@gehm.es

Esta obra es gratuita

Cuando las tropas de Estados Unidos a lomos de caballo cargaron sobre los enclaves talibanes de Mazar-i-Sharif y Balkh, lo hicieron sobre los restos de muralla del principal acuartelamiento de Alejandro en la Bactriana. Cuando en las portadas de los periódicos aparecían las fotografías de los emplazamientos de la Alianza del Norte en Ai Khanoum, unos ojos avezados podían ver las ruinas de una antigua ciudad griega¹, Alejandría del Oxo, donde una vez sus habitantes fueron al gimnasio, se emocionaron en el teatro con las tragedias griegas, adoraron a los dioses del panteón y guerrearon en la Bactriana a lo largo de nueve generaciones.



Restos de Ai Khanoum

Igual que hoy, los motivos que subyacieron en el proceder de Alejandro tenían que ver con una crisis en Oriente Medio heredada de su padre Filipo. Éste pretendía zanjar, de una vez por todas, la amenaza oriental que llevaba asolando a los griegos dos siglos: el Imperio Persa. Murió antes de ver realizado su plan, pero su hijo Alejandro, tras poner orden en las fronteras del norte de Macedonia y en la Liga de Corinto al sur, se lanzó a la conquista de Asia, o lo que es lo mismo, del Imperio Persa, o lo que es igual, a apoderarse del título de Rey de Reyes, símbolo del poder real persa; que finalmente consiguió, tras derrotar a Darío y dar caza al Sátrapa de la Bactriana, el regicida y usurpador Beso.

Desde la perspectiva de las gentes de la Bactriana, Alejandro y los suyos eran intrusos con una cultura extranjera ofensiva para sus tradiciones locales. Alejandro fue tildado más tarde de *“no creyente que trajo el diablo al este e inundó la tierra con sangre”*. Muchos persas rechazaron las pretensiones de Alejandro de presentarse como un libertador. Cuestionaron sus esfuerzos, sinceros, de respetar la religión persa y promover una camaradería verdadera con los príncipes locales. Así que a medida que los macedonios progresaban hacia el este en dirección a Babilonia y Persépolis, cada

vez más refugiados descontentos fluían hacia la Bactriana. Utilizando la misma retórica empleada hoy en día, Alejandro tildó a estos contingentes de personas como traidores fuera de la ley. En este nuevo y peligroso mundo, el macedonio advirtió a sus hombres que estos criminales disidentes, con abundancia de recursos continuarían explotando las diferencias de religión, lengua y cultura como excusa para atacar y matar a personas inocentes. No actuar podría poner en riesgo a la propia Grecia. *“Esto es una causa noble”* proclamó Alejandro a sus tropas poco antes de iniciar la marcha a la Bactriana.

Muerte de Darío

Dos años antes, Beso era uno de los muchos nobles persas que habían luchado contra Alejandro en la batalla de Gaugamela (Arbela) cerca de la actual población de Irbil en Iraq. Era, también, el sátrapa de Bactriana, una de las satrapías orientales del Imperio Persa. Tras la espantosa derrota de 331 a.C., Darío necesitaba desesperadamente a la renombrada caballería bactriana para intentar detener el imparable avance macedonio. Su plan era retirarse a las satrapías orientales y alzar otro ejército con el que hacer frente a los invasores. Pero Alejandro les estaba pisando los talones. En el oasis de Tara (actual Lasjerd), el macedonio recibió noti-

1. Para dar agilidad a la narración he decidido utilizar el término “griego” para designar tanto a griegos como a macedonios. También haré uso del término “europeo”, que aunque no sea apropiado para la época, me ayudará como elemento descriptivo.



cias preocupantes del contingente persa. Beso y sus cómplices habían arrestado a Darío y lo transportaban en un carro, prisionero y cargado de cadenas de oro. Artabazo, de los pocos nobles que habían permanecido fieles a Darío durante el motín, había tomado el mando de los mercenarios griegos y se retiraba al norte hacia los montes Elburz. Alejandro, sin dudarle un momento, cruzó el desierto que separaba a perseguidores y perseguidos en línea recta con 6.000 jinetes, alcanzando a los persas rezagados al alba. Al primer indicio que tuvieron los sediciosos del avance macedonio, apuñalaron prestos a Darío, que quedó malherido al borde del camino. Según Arriano, los regicidas fueron Satibarzanes, sátrapa de Aria; y Barsaentes, sátrapa de Drangiana y Aracosia, aunque los auténticos instigadores fueron Beso y Nabarzanes. Alejandro no encajó bien la noticia de la muerte de Darío, pues no era su intención que el desdichado Rey persa acabase sus días de aquella manera.

El acoso había terminado a poca distancia de la ciudad de Hecatómpilo (identificada como la actual Shamir-i Qumis). Alejandro utilizó la ciudad como base temporal mientras la infantería que había dejado atrás en el desierto los alcanzaba. Entretanto, el macedonio trató el cadáver de su rival con todo respeto y lo envió a Persépolis para que recibiera un entierro real. Sobre el papel había concluido el mandato ori-

Alejandro encuentra a Darío muerto a un lado del camino



ginal de la Liga de Corinto, que consistía en derribar el Imperio Persa. Tras alcanzar a Darío, la guerra había terminado para los aliados griegos. Sin embargo, Alejandro estaba dispuesto a ir tras Beso aunque fuera solo con los macedonios. El Rey mandó aviso a Ecbatana para autorizar la desmovilización de las tropas de la liga de Corinto y dar la orden de tomar más de 2.000 talentos del tesoro de Persépolis

para gratificar a los soldados licenciados. Sin embargo, a todos aquellos que quisieron seguir prestando servicio en las filas de Alejandro, se les permitió alistarse como mercenarios. En realidad, la decisión de licenciar a los griegos no macedonios fue, ante todo, simbólica. La infantería helénica nunca se había utilizado en primera línea y su marcha no perjudicaba significativamente la eficacia del ejército de Alejandro.

En los preparativos para la salida, Alejandro dio una arenga a su ejército. Muchos no comprendían la determinación del argéada por seguir adelante cuando ya tenía el Imperio Persa a sus pies. Había quienes pensaban que muerto Darío, era hora de volver a casa y disfrutar de las ganancias de la conquista. Incluso el viejo Parmenión había insistido a Alejandro tiempo atrás para que aceptara la frontera en el río Éufrates. Sin embargo, Alejandro pretendía suceder a Darío y ser el Rey de Asia. En su discurso, Alejandro denunció al regicida Beso y a su grupo de conspiradores, a salvo en el este, como una amenaza para el nuevo Imperio. No se trataba ya de una campaña de conquista o de compensación a los griegos por los hechos pasados de un estado rival, sino de imponer su autoridad real sobre los nuevos dominios a cualquier precio. Para reforzar su posición, Alejandro puso en práctica una política de acercamiento hacia los vencidos,

de manera que no lo vieran como un conquistador extranjero, sino como el legítimo sucesor del Rey de Reyes. Para ello, lejos de eliminar los restos de las instituciones de Darío, eligió a algunos altos funcionarios persas para desempeñar altos cargos. Esta y otras medidas aplacaron los temores de la burocracia y la nobleza persa, pero no gustaron nada a la elite macedonia. También hubo una política de acercamiento hacia algunos de los que habían intervenido en el asesinato de Darío, aunque este gesto no produjo los beneficios esperados.

Marcha a Afganistán

La primera preocupación de Alejandro fue encargarse de los restos del ejército de Darío, cuyos soldados se habían refugiado en los montes Elburz. El macedonio salió de Hecatómpilo y, a los tres días de marcha, cerca de la actual ciudad de Damghan, dividió sus fuerzas en tres columnas (Crátero, Erigio y él mismo) con la intención de penetrar en las montañas por tres caminos distintos. Para cuando hubo llegado a la ciudad de Zadracarta, el regicida Nabarzanes, Frataernes, sátrapa de Partia e Hircania, y Autofrádates, sátrapa de Tapuria, se habían rendido a Alejandro, quedando toda la zona pacificada. Poco después se rendían en el campamento macedonio Artabazo y su contingente de mercenarios grie-



Ciudadela de Herat, antigua Alejandría de Aria

gos, que fueron bien tratados e incluidos en las filas del ejército.

Entonces llegó la noticia de que Beso pretendía el trono Aqueménida. Durante el interludio de los macedonios en Hircania, el regicida se había encaminado a su satrapía, donde usurpó las insignias del trono, ciñéndose la tiara cónica vertical y adoptando el nombre regio de Artajerjes V. La reacción de Alejandro fue previsible. Su objetivo: aplastar a Beso inmediatamente, antes de que su pretensión a la legitimidad real pudiera calar en las provincias del este. A esta

reacción militar, también se añadió una política: Alejandro adoptó algunas piezas de la etiqueta de la corte persa, como la diadema, la túnica de rayas blancas y el cinturón, que combinó con la característica kausia macedonia y el manto. Al mismo tiempo, repartió entre los Compañeros los ropajes escarlata de los cortesanos persas, introdujo chambelanes de la corte de origen asiático y unió a su entorno un grupo de nobles persas, entre los que destacaba el hermano de Darío, Oxatres.

En vez de dirigirse directamente a la Bactriana, Alejandro dio un rodeo, llevando a cabo una rápida campaña en la zona de la moderna Herat, al oeste del actual Afganistán, ya que su gobernador, Satibarzanes, tras haberse rendido, había renunciado de repente a su alianza con Alejandro, asesinando a todos los extranjeros que había en su provincia. Alejandro se presentó pronto en la zona para sofocar la revuelta. Los rebeldes fueron severamente derrotados, aunque Satibarzanes escapó. Tras nombrar un nuevo gobernador persa, Arsaces, el ejército macedonio se dirigió al sur hacia la Drangiana. Llegados a Frada (moderna Farah), Alejandro tuvo que hacer frente a un problema no esperado. Los macedonios más conservadores, resentidos con las recientes políticas de reconciliación con los persas llevadas a cabo por Alejandro, como el nombramiento de antiguos



Viejas murallas de Farah, construidas por Alejandro. Aquí tuvo lugar la muerte de Filotas. La ciudad se denominó Alejandría Proftasia.

enemigos para desempeñar puestos de prestigio, o la adopción de elementos del vestido y el protocolo persa, tramaron un complot para asesinar al Rey macedonio. La trama fue

descubierta y los traidores ejecutados. Entre los ajusticiados se encontraban los generales macedonios Filotas y su padre, el viejo general Parmenión. Una vez restablecido el orden, Alejandro cambió el nombre de la ciudad por el de Alejandría Proftasia (Anticipación) para conmemorar el golpe fracasado.

Desde Frada, el ejército avanzó hacia el sur en dirección al conjunto de lagos de agua dulce que reciben el caudal del río Helmand. Este lugar era uno de los graneros del antiguo Irán, con amplias reservas para mantener a los macedonios durante el invierno. Alejandro permaneció en la zona durante unos sesenta días, según Curcio, disfrutando de la hospitalidad de los ariaspas. Durante esta estancia, llegaron malas noticias que hablaban de otra revuelta en Aria. Con tropas de caballería facilitadas por Beso, Satibarzanes estaba tomando de nuevo el control de la satrapía. Además, Beso había nombrado a Brazales sátrapa de Partia y había enviado tropas desde la Bactriana hasta lugares tan lejanos como Media. Para contener los disturbios, Alejandro envió a Erigio y Artabazo. Seguidamente reemprendió su marcha hacia el sur para luego dirigirse hacia el noreste a través del desierto de Dasht-i Margo (Desierto de la Muerte). Con este movimiento esperaba dar caza a Barsaentes, otro de los asesinos de Darío que había traicionado su perdón y se



Hugo A. Cañete



Desierto de Dash-i Margo

había unido a Beso. Pero el persa se refugió en las riberas del Indo, más allá de los confines del imperio, en tierras del actual Pakistán. Siguiendo hacia el noreste, Alejandro funda la ciudad de Alejandría de Aracosia (actual Kandahar, palabra derivada de Iskandariya, que significa Alejandría en árabe). Este enclave guardaba una importante situación estratégica como nudo de comunicación con las rutas al valle del

Indo al sudeste, o a la región de Kabul al noreste. Tras una marcha de 400 km, los macedonios establecieron, sus cuarteles de invierno en el valle del río Kabul, en un poblado conocido como Kapisa, actual Bagram, que tras ser fortificado se le dio el nombre de Alejandría del Cáucaso² también conocida como Alejandría Paropamisos, por estar en el territorio de Paropamisades. Situada en un enclave estratégico que dominaba los nudos de comunicación entre Bactriana, la India y Aracosia, su misión consistía en controlar los pasos de Shibar y Khawak para impedir toda incursión procedente de la Bactriana.

Desde que inició la persecución de Beso, Alejandro había recorrido 2.400 km durante ocho meses dando un amplio rodeo por lo que es ahora la parte sur de Afganistán. Los lugares que atravesaban eran parajes pobres y escasos de recursos. Para mantener el ejército se necesitaban diariamente unas 225 toneladas de comida y forraje, así como unos 600.000 litros de agua. Más allá de las montañas del Hindu Kush, en la vertiente norte, Beso y sus huestes estaban destruyendo todo aquello que pudiera servir de alimento a los conquistadores macedonios. Los rebeldes sabían que los griegos consumirían todas sus vituallas cruzando los altos pasos de las montañas, lo que les haría llegar al corazón de la Bactriana agotados y hambrientos.

2. El error proviene de la creencia de los griegos de que las montañas del Hindu Kush eran una prolongación del Cáucaso europeo, denominándolo Cáucaso Indio.



Gladiador grecorromano del siglo II a.C. encontrado en Bagram.

Las impresionantes montañas del Hindu Kush, erróneamente llamadas del Cáucaso por los hombres de Alejandro, se elevan a alturas de más de 5500 metros. En sus laderas crece escasa vegetación, consistente en hierbas y matorral, pero a partir de los 4500 metros de altura predomina la roca viva.

En invierno, la cota de nieve desciende hasta los 2000 metros y bloquea los pasos. Las ventiscas son habituales, así como los aludes de nieve. El deshielo comienza en marzo o abril, y va liberando gradualmente los pasos de nieve. Los arroyos fluyen salvajemente con agua helada por barrancos y torrenteras.

Alejandro puso en marcha el cruce de las montañas quizás demasiado pronto. Tenía tres rutas posibles de cruce: La occidental través de Bamian y el paso de Shibar, la central cruzando por el paso de Salang, o la oriental, por el valle de Panshir y el paso de Khawak. La ruta de Bamian (donde estaban los budas volados por los talibanes) ofrecía el camino más fácil y obvio, así que posiblemente Alejandro lo desechó para mantener el elemento sorpresa sobre Beso. La ruta central, la más corta, era en cambio la más pronunciada e intransitable para un ejército hasta que los soviéticos construyeron el Túnel de Salang de casi 3 km de longitud. Así que, en la primavera de 329 a.C.

Alejandro escogió la ruta más larga, a través del paso de Khawak. Los macedonios empeñaron dos semanas caminando con nieve hasta las rodillas para atravesar el paso. La comida se acabó pronto, por lo que los hombres tuvieron que recurrir a la carne de las bestias de carga, adobada con el



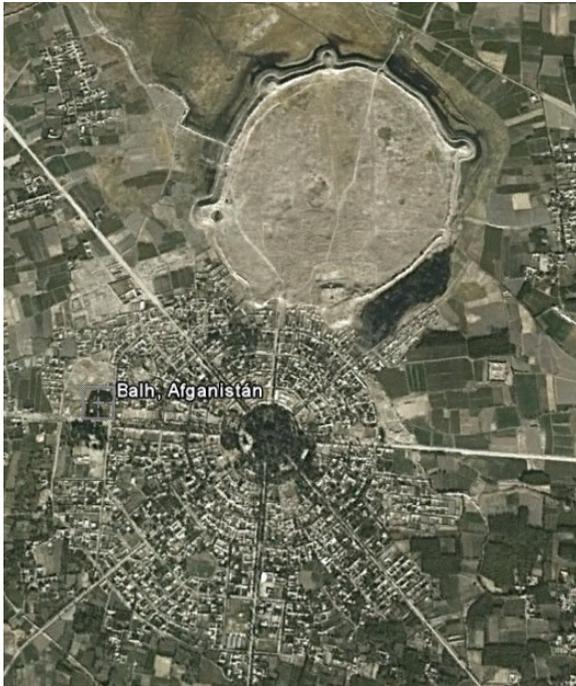
**Moneda del Tesoro
de Qunduz**

jugo de las plantas de asafétida que crecían en la región para poder sobrevivir³. Con mucho esfuerzo, los macedonios cruzaron finalmente las montañas, y se establecieron en los alrededores de la ciudad bactriana de Drapsaco (Qunduz). No había ni rastro de Beso y su caballería bactriana cuando las tropas de Alejandro aparecieron en el valle debilitadas y hambrientas. Si Beso hubiera empleado las tácticas de guerrilla utilizadas por los actuales señores de la guerra afganos, Alejandro se hubiera visto en gran aprieto. Sin embargo, Beso no atacó, solo se limitó a aplicar la política de tierra quemada para privar a Alejandro de suministros. A pesar de sus pretensiones al trono, Beso fue incapaz de unir a la no-

bleza bactriana en una defensa conjunta de su territorio. La caballería que movilizó no pasaba de los 7.000 hombres, un número a todas luces insuficiente para enfrentarse a las tropas del macedonio, aún estando éstas agotadas. Pasadas las primeras penalidades, el ejército de Alejandro se recuperó, perdiendo Beso la oportunidad de debilitarlo. El arriesgado movimiento del argéada había tenido éxito. En Drapsaco se detuvo brevemente para nombrar comandantes de las guarniciones de las ciudades bactrianas, y con la potestad que le confería ser el Rey de Reyes, nombró a Artabazo sátrapa de la Bactriana. El mensaje estaba claro: si te unes a Alejandro recibirás todos los parabienes del antiguo imperio persa; si no, te convertirás en un fuera de la ley, como Satibarzanes o Beso y recibirás justo castigo. Nadie podía permanecer neutral.

Mientras tanto, el usurpador había reunido un improvisado consejo de guerra a unas decenas de kilómetros al oeste en Bactra. Entre celebraciones y abundante bebida, Beso intentó alentar el espíritu marcial de sus seguidores y amigos. Engrandeció el poder de los señores feudales y empequeñeció el de los extranjeros invasores. Invocó a los dioses autóctonos para que le prestaran su ayuda y recordó a su audiencia su compromiso personal en la guerra contra los griegos. Cualesquiera que fueran las palabras pronunciadas por

3. Según recientes estudios del fennoscandinavian tree-ring, los años del 329 al 321 a.C. tuvieron los veranos más fríos de los últimos 74.000 años.



Vista de pájaro de Balkh. Nótese los restos de las murallas de la vieja Bactra junto a la

Beso, no diluyeron la gran preocupación que en esos momentos tenían los bactrianos. Ya no se trataba de escuchar palabrerías sobre Darío, Gaugamela o la legitimidad de Artajerjes V. No, ahora todos esperaban ansiosos la llegada de un ejército de cien mil extranjeros que se dirigía directamente hacia ellos sin oposición. Beso expuso su plan: Se retirarían hacia el norte a través del desierto, cruzarían el río Oxo y se establecerían en la región de Sogdiana. El Oxo (actual

Amu Darya) contendría a los griegos mientras Beso reclutaba aliados de las tribus nómadas de las grandes estepas del norte. Sin embargo, uno de los miembros del consejo, llamado Gobares, puso objeciones a las intenciones de Beso. Insistió en que todo eso era fácil de decir y difícil de hacer. Cuestionó la legitimidad real de Beso e indicó que Alejandro tenía a veces gestos de magnanimidad con los vencidos y que Beso debía intentar un acercamiento en ese sentido. Era evidente que se notaba ya la presencia de Alejandro, de su poder omnímodo y del deseo de los bactrianos de estar con el vencedor (esto último no ha cambiado en 2500 años). Ante la furia de Beso, Gobares escapó de Bactra y fue a encontrarse con Alejandro, al que le contó lo sucedido. Cuando el macedonio llegó a las murallas de Bactra, viejo oasis de Anahita⁴, Beso ya había partido hacia el norte.

De esta manera, en la primavera del año 329 a.C., a la edad de 26 años, Alejandro levantó un campo en la ciudad que se rumoreaba que era la más antigua del mundo. Llamada por los antiguos Zariaspa⁵, estaba asentada en las riveras del río Bactrus y era la capital administrativa de la satrapía de Bactriana. Por ello, en tiempos del imperio persa era llamada Bactra. Hoy el lugar se llama Balkh y es un conjunto de rui-

4. Antiguo nombre persa de una diosa iraní cuyo nombre completo es Aredvi Sura Anahita. Venerada como la divinidad de las aguas (aban), y por tanto, asociada a la fertilidad, las curaciones y la sabiduría.

5. En ella vivió Zaratustra y fue el centro del Zoroastrismo.

nas circundadas por unos cuantos kilómetros de muralla deruida, junto a la población moderna, centro del algodón afgano.

Mil seiscientos años después todavía seguía siendo una ciudad grande y populosa, aunque ya decadente, cuando Marco Polo pasó por allí. Sin embargo, gradualmente, la población había empezado a trasladarse a la localidad de Mazar-i-Sharif a 20 km al este. Especialmente cuando se trasladó a su mezquita azul la tumba de Alí, el yerno de Mahoma⁶. Bactra era la ciudad santa del zoroastrismo, religión ampliamente profesada en el imperio persa.

Primera marcha a la Sogdiana

En Bactra se reunieron con Alejandro los generales que habían quedado atrás en Herat para capturar o matar a Satibarzanes. Relataron que se produjo una encarnizada batalla y que de repente, Satibarzanes paró, se quitó el casco y retó a un macedonio a singular combate. El viejo y canoso Erigio, uno de los tres generales del contingente macedonio, dio un paso al frente y aceptó la oferta. Durante el combate, Erigio ensartó su lanza en el cuello de Satibarzanes, que con el hasta aún clavada, saltó a tierra desde su caballo para seguir la pelea. Erigio cogió la lanza y de un tirón la sacó del



Otra vista de las viejas murallas de Bactra

cuello de su oponente y la se la volvió a clavar en la cara. Satibarzanes ayudó con sus brazos a que la lanza entrara profundamente en su cara y buscar así una muerte rápida. Como trofeo, Erigio llevó consigo la cabeza del sátrapa traidor. Con esta acción, la zona había quedado pacificada, evitando así la posible ayuda que desde esa región se pudiera ofrecer a Beso. Quizás estos acontecimientos fueran los que obligaron al regicida a buscar refuerzos en la Sogdiana. Para la caballería bactriana fue un duro golpe, ya que había con-

6. Lo más probable es que Alí esté enterrado en Najaf (Iraq), pero los afganos siguen manteniendo esta tradición para su ciudad.

tado con el apoyo de Satibarzanes y de sus hombres. Cuando los contingentes de Beso supieron que Alejandro había cruzado las montañas del Hindu Kush, que Satibarzanes estaba muerto y que Beso planeaba retirarse al norte más allá del río Oxo, gran parte de ellos, desertaron y se fueron a sus casas. Solo un reducido grupo acompañó a Beso más allá del Oxo.

La ruta hasta el río Oxo cruzaba un área desértica de unos 75 km que pondría a prueba otra vez la resistencia de los macedonios. Para evitar las altas temperaturas veraniegas, informadores locales aconsejaron a Alejandro viajar de noche y guiarse por las estrellas. Con el objeto de poder cruzarlo en dos noches, se redujo el equipo de los soldados, dejando el bagaje en Bactra al cuidado de Artabazo. Aún así, el cruce del desierto fue un desastre. El agua se acabó demasiado pronto y la disciplina empezó a flaquear. Con muchos hombres deshidratados o a punto de morir, Alejandro arreció la marcha, llegando a las orillas del Oxo y encendiendo fuegos para guiar a las tropas que habían quedado atrás. Tras cavar pozos de agua, se adentraron en el desierto hombres cargados con el precioso líquido para calmar la sed de los rezagados. Según cuentan, Alejandro en persona, sin haber bebido una sola gota, esperaba a los soldados a las puertas del campamento para darles la bienvenida.

El siguiente obstáculo era el río Oxo, el más caudaloso y largo de Asia central, que separaba las regiones de Bactriana y Sogdiana. Todavía hoy constituye gran parte de la frontera norte de Afganistán. La Sogdiana se prolongaba hacia el norte hasta las riberas del río Jaxartes (actual Syr Daria) y dependía administrativamente de la Bactriana. En el punto de cruce del río Alejandro midió su amplitud, arrojando este una anchura de 1.200 metros. Se ha debatido mucho donde pudo estar este punto de cruce. En la antigüedad había cuatro puntos de cruce principales: Kerki, Kilif, Kampyr-Tepe y Termez. Kerki estaba quizás demasiado al oeste para servir a los propósitos de Alejandro. Los otros tres reúnen condiciones para el paso, sin embargo, solo en Kampyr-Tepe se han encontrado restos cerámicos de la época. Beso había quemado todos los botes disponibles y la fuerte corriente hacía imposible su vadeo. La única solución fue la de cruzar con pieles rellenas de paja a modo de flotadores y balsas, como ya hiciera en su expedición al río Danubio en el año 335 a.C. Unos cinco días fueron necesarios para que toda la tropa estuviera preparada para marchar al otro lado del Oxo. Sin embargo, la persecución había casi terminado.

Nuevas informaciones sobre Beso llegaron a oídos de Alejandro. El autoproclamado Artajerjes V no había cumplido su promesa de oponerse a los invasores en la "muralla del



Ruinas de Kamyrtapeh. Lo más probable es que Alejandro cruzara el Oxo por este punto en su camino a la Sogdiana

Oxo". Quizás con el síndrome de Darío en Isos y Gaugame-la, Beso huyó, incapaz de oponer lucha alguna, perdiendo la confianza de los últimos lugartenientes fieles que le quedaban. Alejandro había anunciado hábilmente que su enemistad abarcaba tan solo a Beso y las noticias del buen trato que brindó a Gobares tras su huída de Bactra, los animó a

ello. Todavía hoy se considera como lección número uno por los estrategas: No hay lealtades inmutables o alianzas en Afganistán, cualquiera que sea el paraguas étnico o religioso que los sustente mediante los juramentos o los pactos que se sellen. Beso traicionó a Darío, y otros estuvieron pronto prestos a traicionar a Beso. Los nobles sogdianos Espitámenes, Datafernes y Catanes decidieron firmar la paz por su cuenta con el más poderoso de los dos monarcas mediante la entrega del más débil. Alejandro envió a Ptolomeo por delante para que supervisara la entrega. Como consecuencia, Alejandro licenció a orillas del Oxo a un contingente de veteranos macedonios que ya no eran aptos

para la lucha. El argéada no los hubiera hecho cruzar el desierto si no los hubiera considerado necesarios para luchar contra Beso. También envió a casa a un contingente de mercenarios, la famosa caballería tesalia, sin razones aparentes. Quizás fueron responsables de romper la disciplina durante la travesía del desierto.



Busto de Alejandro con su característica inclinación de la cabeza hacia el lado izquierdo.

A continuación, Alejandro se adentró en la Sogdiana, donde ocurrió un extraño suceso. Cuando los macedonios se aproximaban a una ciudad, sus habitantes se rindieron en un ambiente de gran alegría. Hablaban un dialecto griego y decían ser descendientes de los Bránquidas, un clan griego que había sido deportado desde Mileto por Jerjes en el año 479 a.C. tras permitir que el monarca persa profanara el oráculo y el templo de Dídimo Apolo, cuya custodia habían desempeñado durante generaciones. Alejandro aceptó su

rendición pero, al día siguiente, permitió el saqueo de la ciudad y la masacre de la población como expiación final del antiguo sacrilegio. Se trata de una historia extraña y muchos historiadores no se ponen de acuerdo en su verosimilitud. Lo que parece estar fuera de duda es que la masacre existió, fueran o no las víctimas descendientes de los Bránquidas. Hay quien apunta que pudo ser un pretexto para que la tropa se desahogara tras la penosa marcha a través del desierto y el cruce del río, con la excusa de expiar una antigua afrenta. En cualquier caso, se trata sin duda de un hecho repugnante. Perpetrada la matanza, los griegos eliminaron cualquier vestigio de la ciudad.

Captura de Beso

En esto estaban los griegos, cuando un mensaje llegó anunciando que habían cargado a Beso de cadenas en los alrededores de la actual ciudad de Kitab en Uzbekistán. Después de haberlo despojado de sus atuendos reales, querían entregarlo al Rey de Reyes Alejandro para que recibiera justo castigo. Ptolomeo, que había ido a hacerse cargo del prisionero con una fuerza de 5.000 hombres acompañó a los persas, tanto al cautivo como a los captores, hasta que se encontraron en presencia de Alejandro. Entonces Espitámenes entregó al prisionero maniatado y desnudo con una argolla

de madera al cuello (señal de haber caído en desgracia) y dio un pequeño discurso, profesando su lealtad a Alejandro desde la memoria a Darío. Posteriormente, Alejandro pidió a Beso explicaciones por sus crímenes. Éste se defendió: había tomado para sí el título de Rey de Reyes solamente para transmitirlo a Alejandro. Pero la larga huída invalidaba su excusa, y la pena impuesta fue horrible, la que marcaba la ley persa para los usurpadores.

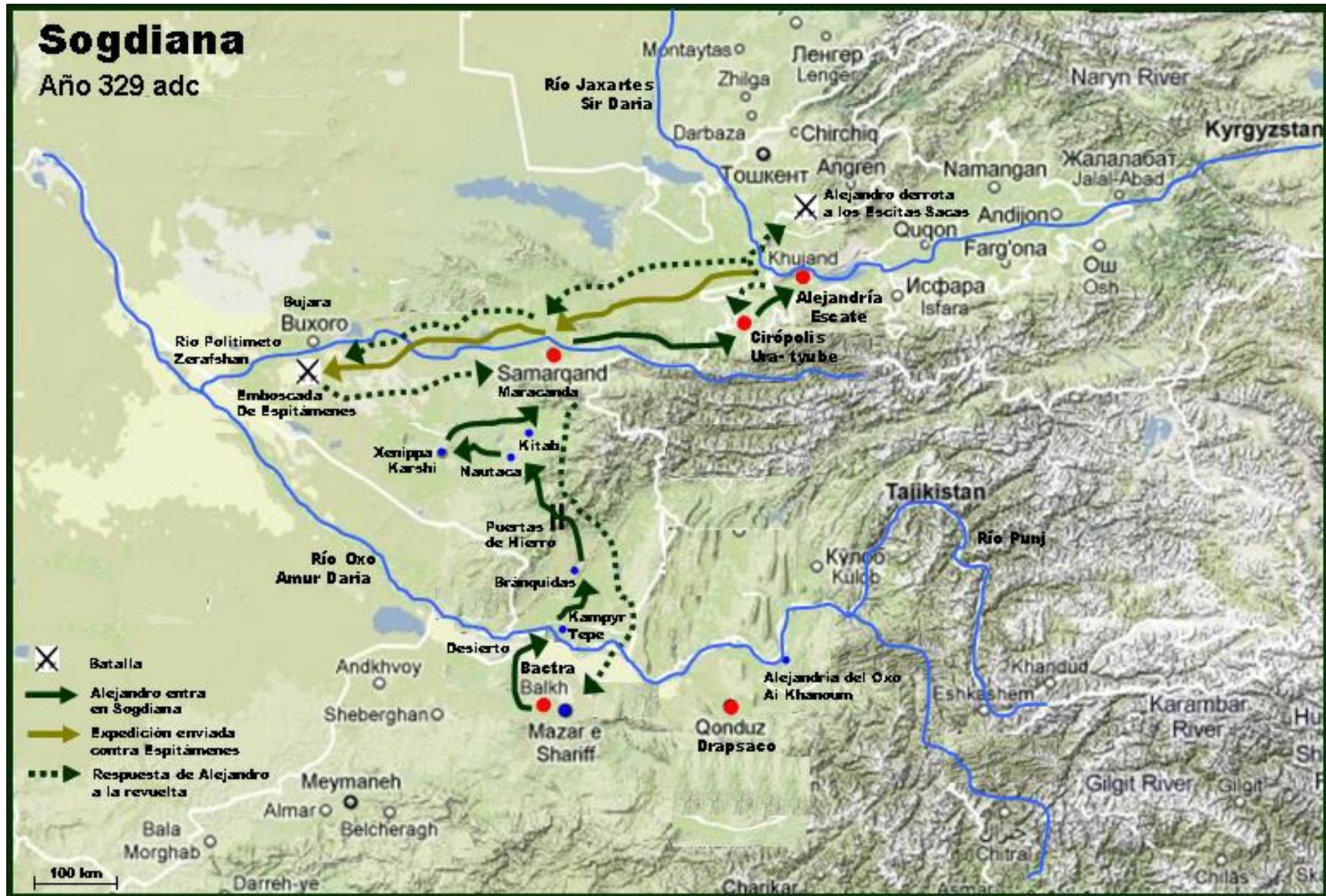
Primero fue torturado al tiempo que un heraldo recitaba sus diabólicos actos. Después fue entregado al hermano de Darío, Oxatres, para que lo custodiara en su viaje a Bactra, donde debía ser encarcelado. Unos meses más tarde, durante el invierno, Beso sería entregado a una especie de "Loya Yirga"⁷ para que le aplicaran la ley persa. Durante la asamblea, le desfiguraron literalmente el rostro, cortándole la nariz y las orejas. De acuerdo con la tradición persa, el legítimo Rey de Reyes debía ser un hombre apuesto, por lo que era costumbre que los usurpadores fueran brutalmente desfigurados antes de ser ejecutados para que quedara patente que no podía pretender el trono. Entonces ya no quedaron dudas de quién era el legítimo Rey. Alejandro apareció, ante la muchedumbre, joven y apuesto, recién afeitado, musculo-



Grabado ideal de la tortura infligida a Beso en La Sogdiana.

so, de ojos claros, voz profunda y ataviado con atuendos reales persas. Seguramente a su lado estaría Beso encadenado y ensangrentado; un hombre acabado. Más tarde, Beso fue enviado a Ecbatana, donde Oxatres presidió su crucifixión y posterior descuartizamiento, atado a dos árboles torcidos y tensados con cuerdas. La escena nos puede recordar

7. Nombre que se da en Afganistán a una gran asamblea. Se pueden tratar muchos tipos de asuntos, como política exterior, declaraciones de guerra, otorgar la confianza a un gobernante o presentación de nuevas ideas y normas. No existen límites temporales para la loya yirga, que prosigue hasta que se toman las decisiones.



Hugo A. Cañete



El Presidente Muhamad Najibullah linchado en Kabul por los talibán en 1996.

al presidente afgano Muhamad Najibullah, colgado de una señal de tráfico, tras la captura de Kabul por los talibanes. Fue apresado, castrado y muerto en 1996.

Tras la captura de Beso en el verano de 329 a.C., una extraña calma se extendió sobre la Bactriana y la Sogdiana. La amenaza de guerra había pasado. El usurpador había caído en desgracia, la caballería bactriana había sido desmovilizada, los granjeros habían vuelto a trabajar los campos. Tras traicionar y entregar a Beso, los rebeldes habían dejado las armas y vuelto a sus comunidades. No había ya más pretendientes que amenazaran la corona de Alejandro. Salvo por

las inclemencias atmosféricas, la campaña había sido rápida y fácil. Probablemente importara poco a los bactrianos que hombre retuviera la corona de un trono lejano allá en Mesopotamia, siempre que las cosas permanecieran igual en su propia tierra. Beso no había presentado batalla, ninguna ciudad, ni siquiera Bactra, había tenido que ser asediada, y la única política aplicada de tierra quemada había venido del lado del usurpador y no de Alejandro. Los únicos masacrados eran griegos descendientes de otros griegos. Ningún otro bactriano, aparte de Beso, había sido juzgado o ejecutado. Parecía que todo acabaría bien. Es una sensación que, en su momento, ya sintieron los británicos, los soviéticos y, recientemente, los norteamericanos.

Hacia el Jaxartes

Alejandro por su parte, nunca perdía oportunidad de explorar los territorios fronterizos de sus dominios, donde le gustaba celebrar sacrificios, especialmente cuando había grandes ríos en los alrededores. El ejército estaba a tiro de piedra del río Jaxartes (actual Syr Darya), cuya corriente corría por los límites de la Sogdiana, determinando la frontera norte del que fuera Imperio Persa. Más allá del Jaxartes se abrían las estepas de Asia Central, por las que vagaban las tribus nómadas Escitas. Estas gentes curtidas y famosas por

su espíritu guerrero y su dominio del caballo, se aliaban de vez en cuando con sus sedentarios vecinos del sur. Beso había puesto sus últimas esperanzas en una alianza de esa naturaleza, lo que había dado a Alejandro una buena razón para irrumpir en la estepa. Igual que el Syr Darya marca la frontera actual, al menos nominalmente, de Afganistán, Pakistán, Uzbekistán, Tadjikistan y otras naciones, el Jaxartes ofrecía a los rebeldes un sitio donde esconderse más allá de las fronteras, conspirar y reclutar hombres. La intención de Alejandro era fortificar la frontera y evitar así movimientos de este tipo, mediante la ubicación permanente de fuerzas militares que constituyeran una barrera entre la Sogdiana y los Escitas de las estepas.

De esta manera, Alejandro empezó a mover su ejército hacia el norte. Debíó de seguir la vieja ruta de las caravanas que cruzaba las Puertas de Hierro hasta la región de Nautaca al sur de Maracanda (actual Samarcanda). En la zona de Karshi, famosa por sus caballos de monta, Alejandro requisó monturas frescas para sus hombres. Posteriormente, paró unos días en el palacio de los sátrapas de Maracanda, la ciudad más grande de Sogdiana, en cuyo recinto amurallado dejó una guarnición de 1.000 hombres. A unos 290 km al noreste estaba el Jaxartes, la última frontera. Alejandro y sus hombres consideraron que se trataba del mismo río que



Vista satélite de la entrada al paso de Baysan, en el actual Uzbekistán, conocido en la antigüedad como Las Puertas de Hierro

el europeo Tanais (Don), que nacía en el Hindu Kush y desembocaba en el Mar de Azov. Para ello se apoyaron en la existencia de bosques de abetos blancos en las proximidades que les recordaron a los abetos europeos, especie que según creían, no crecía en Asia.

Cerca del río Jaxartes había solo una población que pudiera ser denominada ciudad. Se trataba de una antigua funda-

ción persa llamada Cirópolis (quizás la actual Ura-Tyube). También había siete pueblos amurallados en la región, a lo largo del valle del Fergana. Cirópolis estaba situada a unos 40 km al sur del Jaxartes, demasiado lejos para el tipo de control fronterizo que pretendía Alejandro. Así que con gentes traídas de las poblaciones de la región y con colonos europeos, Alejandro decidió construir un nuevo y poderoso enclave militar a orillas del Jaxartes. Rodeada de casi 10 km de lienzo de murallas, fundó Alejandría Escate (Alejandría Extrema), probablemente la actual Khujand, que guardaría los límites de su imperio.

Rebelión en la frontera norte

Pero puede que esto fuera más de lo que los habitantes de la región estuvieran dispuestos a tolerar. Los planes de construcción de la nueva ciudad implicaban la presencia permanente de los macedonios en la frontera Sogdiano-escita. Este hecho haría disminuir probablemente la actividad comercial y la influencia política y administrativa de Cirópolis, que sería privada de la administración de las tierras de cultivo y de los pastos, tareas que serían adjudicadas a la nueva Alejandría. La presencia militar interrumpiría el intercambio económico, social y cultural que hasta entonces se producía a orillas del Jaxartes. Los escitas y los sogdianos disfrutaban



Viejas murallas de Maracanda (actual Samarcanda)

de una relación simbiótica, especialmente a través de relaciones comerciales y alianzas militares ocasionales. El estado persa había permitido estas relaciones, pero Alejandro no estaba por esa labor. Más bien, el macedonio tenía en mente aislar la región de sus vecinos. Estaba claro que el nuevo Rey tenía sus propias ideas de cómo gobernar la Bactriana (de la que Sogdiana era una parte). Caudillos belicosos como Espítámenes empezaron a preguntarse si habían hecho bien cambiándose al bando de Alejandro.

Sin previo aviso, toda la región explotó en una sublevación armada. Un grupo de soldados macedonios inadvertidos de lo que estaba sucediendo, estaban forrajeando en los cam-

pos cuando fueron sorprendidos y atacados. Aquellos que no fueron masacrados fueron hechos prisioneros y llevados a las montañas. Primero asombrado y luego furioso, Alejandro rápidamente se dirigió contra los insurgentes, que disponían ya de una fuerza de unos 20.000 hombres. La sublevación corrió como la pólvora, llegando a Cirópolis y a los poblados vecinos, cuyos habitantes asesinaron a las pequeñas guarniciones griegas que las custodiaban y cerraron las puertas. Alejandro mandó a uno de sus generales de confianza, Crátero, a poner sitio a Cirópolis. Mientras tanto, el Rey comenzó un ataque sistemático contra cada una de las siete fortalezas mayores de las proximidades del Jaxartes. Con sus murallas de adobe, estaban mal preparadas para resistir las sofisticadas tácticas de asedio de los macedonios y fueron cayendo una detrás de otra al primer asalto. Sin mostrar ningún tipo de piedad, los griegos aniquilaron a la población masculina y vendieron a las mujeres como esclavas.

Tras regresar a Cirópolis, Alejandro endureció el asedio. Las altas y fuertes murallas construidas en su día por Ciro el Grande estaban resistiendo los asaltos de los infantes y de las máquinas de asedio. Finalmente, el Rey macedonio se percató de que era posible entrar siguiendo el lecho de una corriente de agua que cruzaba por debajo de las murallas

llevando agua a la ciudad. Con una pequeña fuerza de hombres escogidos, algunos de ellos arqueros, Alejandro se adentró por el cauce, seco en aquella época del año, llegando al corazón de Cirópolis. Los bárbaros, ocupados en combatir en las murallas y pendientes de las máquinas de asedio, no se percataron de la maniobra hasta que ya fue demasiado tarde. Alejandro ordenó abrir las puertas y el ejército entró a sangre y tajo de espada. Aquella noche, 8.000 defensores yacían muertos en la ciudad, y otros 15.000 corrieron a refugiarse en la ciudadela. Tras dos días de asedio, la sed los obligó a rendirse. Todos fueron aniquilados. En los campos, había decenas de miles de cadáveres, heridos y prisioneros. Las mujeres y los niños supervivientes fueron sorteados y entregados a la soldadesca. Crátero recibió un flechazo durante el asalto y Alejandro había sido herido en la cabeza y en el cuello de dos pedradas que le lanzaron. Durante unos días su visión fue borrosa y apenas pudo articular palabra. Era mal momento para estar herido, ya que las noticias sobre la revuelta iban empeorando minuto a minuto.

Algo similar ocurrió en 1879, cuando Lord Roberts envió a unos soldados a forrajear a las afueras de Kabul. Los villanos se negaron a entregar lo que a ellos mismos les hacía falta para pasar el invierno. Roberts intentó detener a algu-

nos cabecillas locales para así lograr su cooperación, pero entonces los británicos fueron atacados, obligando a Roberts a saquear las poblaciones cercanas, quemar las casas y llevarse el grano de las cosechas. Lo que hizo que ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, la rebelión se multiplicase.

El primer sector de la rebelión estaba contenido, pero había otras amenazas. La noticia del levantamiento se había difundido por el norte del río, en la zona de los Sacas, pueblo Escita cuyas hordas de jinetes se estaban congregando en la otra orilla frente a Alejandría Escate. También llegaron malas noticias de Maracanda, a la que Espitámenes había puesto sitio, cortando así, las líneas de suministro de Alejandro. Casi de la noche a la mañana, lo que parecía haber sido una invasión exitosa se había convertido de nuevo en un avispazo. Alejandro tendría que luchar en dos frentes. Sin embargo, ninguno de los caudillos rebeldes, llamados Hiparcos por los griegos, proclamó sus derechos a la corona o enarbó reivindicación nacionalista alguna. A lo más que aspiraban era a gobernar sin interferencias sus pequeños feudos: uno tenía un valle, otro una fortaleza en la montaña, otro un grupo de aldeas, etc. Cuando no estaban guerra, eran príncipes locales o jefes que hacían levas o recaudaban impuestos para el sátrapa, que a su vez, rendía cuentas al Rey de Reyes. Un sentido vacío de la lealtad de estos reyezuelos

hacia el Estado y sus representantes podía desvanecerse de repente si sus intereses locales se veían amenazados. Ariamazes, Austanes, Orsodates, Catanes, Datafernes, Itanes Oxiartes, Sisimitres o Espitámenes eran ejemplos de ello. Y bien pudieran constituir un retrato fiel de los actuales caudillos locales de Afganistán.

Cruce del Jaxartes. Primera derrota escita

Para hacer frente a la revuelta que había surgido en su retaguardia, Alejandro mandó un contingente de infantería y caballería para liberar a Maracanda del asedio de Espitámenes. Seguidamente, volvió grupos hacia la frontera, donde se entregaría por completo a la tarea de finalizar la construcción de Alejandría Escate y derrotar a los Escitas. Estos nómadas veían, desde la otra parte del río, la nueva ciudad como una gran amenaza, por lo que habían unido sus fuerzas a los sogdianos y bactrianos sublevados. Mientras los griegos construían las murallas a toda velocidad, los Escitas los provocaban lanzándoles flechas desde la orilla opuesta. Alejandro luchaba por dominar su temperamento, ya que lo prioritario era acabar los muros de la ciudad. Después de tres semanas de duro trabajo, las obras de la ciudadela quedaron terminadas. Para celebrarlo, organizó un concurso hípico y unos juegos atléticos. Entonces, Alejandro decidió desquitar-



Cruce del río Jaxartes (Syr Daria)

se de las provocaciones. Comunicó a sus hombres que ya se encontraba bien de las heridas recibidas en Cirópolis. A pe-

sar de las quejas de los Compañeros y de que los sacrificios celebrados no fueron propicios⁸, Alejandro decidió seguir adelante. Para cruzar el río Jaxartes bajo las flechas enemigas, Alejandro no pudo recurrir al método usado en el Oxo. Se necesitaba un plan más complejo para salvar el hostigamiento. Una flotilla de grandes balsas protegería el cruce individual de los soldados. Los flotadores y las balsas se construyeron con pieles, tela de tiendas y pellejos rellenos de paja. Las balsas tenían una estructura reforzada de madera capaz de soportar un numeroso contingente de tropas e incluso caballos. Para cubrir el cruce Alejandro situó catapultas en la proa de las balsas que iban delante para obligar a los Escitas a retroceder y despejar así la zona de desembarco.

Los nómadas asombrados vieron con horror como un proyectil despedazó a uno de los suyos a pesar de su armadura. A bordo de las balsas, arqueros, honderos y catapultas mantuvieron una barrera de fuego permanente mientras grupos de infantería ligera y caballería desembarcaban. Los Escitas retrocedieron a la vez que Alejandro establecía un perímetro reforzado alrededor de la zona de desembarco, tras lo cual, empezó a llegar la infantería de la falange, extendiendo, a su vez, la cabeza de puente. Cuando el ejército estuvo seguro en la otra orilla, Alejandro atacó con la caba-

8. Aristandro, el adivino real, le dijo a Alejandro que los presagios anunciaban que iba a correr un grave peligro. Alejandro le respondió que era preferible afrontar los mayores peligros antes que ser objeto de burla por parte de los escitas, después de haber conquistado todo Asia como él había hecho.

llería. Se produjo entonces un pequeño contratiempo, cuando los escuadrones avanzados de mercenarios y macedonios armados con sarisas se detuvieron, desconcertados por las clásicas tácticas envolventes de los nómadas. Alejandro se adaptó rápidamente a la situación. Combinó su caballería con fuerzas de infantería ligera, utilizando a los arqueros y a los lanzadores de jabalinas para frustrar cualquier movimiento que pudiera desbordar sus flancos. De esta manera consiguió neutralizar la táctica de golpear y salir huyendo del enemigo y lanzó su propio ataque. Estableció un amplio frente en columnas constituido por tres hiparquías de Compañeros formadas en profundidad mientras los lanzadores de jabalina y los arqueros hostigaban al enemigo. Entonces ordenó una carga en masa de la caballería, que al estar formada en profundidad evitaba que pudiera ser flanqueada por los jinetes escitas. Por su parte, la caballería de los Sacas cedió ante el asalto frontal e, incapaz de maniobrar y atacar los flancos macedonios, emprendió la huida. Alejandro los persiguió durante unos 15 km hasta que se vio obligado a detenerse, afectado por las secuelas de sus recientes heridas y por un violento ataque de diarrea provocado por beber aguas contaminadas. Muchos macedonios fueron presa de la diarrea, lo que salvó a los Sacas de una aniquilación total. Los Sacas habían dejado 1.000 muertos en el campo

de batalla, entre ellos su jefe Satraces. Había sido una victoria brillante, y triunfantes, los europeos regresaron a Alejandría Escate. Como resultado, el Rey de los Sacas envió una embajada a Alejandro disculpándose por la provocación y ofreciendo su sumisión. Por ahora, la frontera norte quedaba pacificada.

Desastre en Maracanda

Al poco tiempo, a principios de noviembre de 329 a.C., Alejandro tuvo malas noticias de Maracanda. Los 2.300 soldados que había enviado a levantar el sitio de la ciudad habían caído en una emboscada. Pocos se salvaron, muriendo el emisario persa Farnuces, jefe de la expedición, y los tres generales macedonios al mando: Andrónico, Menedemo y Carano. Alejandro trató de mantener esta historia, en secreto. Lo ocurrido demuestra lo poco preparados que estaban los macedonios para este tipo de guerra. Sucedió que cuando llegaron a Maracanda, donde Farnuces esperaba negociar con Espitámenes, éste había abandonado ya la ciudad, retirándose a lo largo del valle del río Politimeto (actual Zerafshan). Durante la marcha se unieron a sus fuerzas 600 jinetes Dahos, la tribu más occidental de los Escitas. Demasiado listo para verse clavado al terreno, Espitámenes, que demostró ser un maestro de la guerra de guerrillas, preparó

Fuente: Osprey



Simon Chew

Tras la batalla en el Politimeto, guerreros escitas y bactriano sogdianos observan un escudo griego decorado con la estrella argéada

una trampa para los griegos que lo seguían. Se adentró en el desierto y se aseguró de que los griegos lo persiguieran. Una vez allí, los atacó con su caballería utilizando la táctica circular escita. Desafortunadamente, los jefes griegos no fueron capaces de contrarrestar la maniobra. Farnuces había

dispuesto su ejército en orden de batalla con vistas a un enfrentamiento clásico, y cada vez que pasaba al ataque, los escitas huían a galope tendido con sus veloces caballos, para volver otra vez y comenzar el hostigamiento. Esta maniobra fue repitiéndose una y otra vez hasta que los mermados griegos iniciaron la retirada tratando de refugiarse en un valle arbolado junto al río Politimeto, donde los escitas no podían llevar a cabo su peculiar forma de ataque. Las tropas estaban sumidas en la desesperación y los jefes no se mostraban de acuerdo en qué hacer, deshaciéndose finalmente el contingente. Carano, que mandaba la caballería macedonia, trató de buscar refugio al otro lado del río sin indicárselo a los demás. Los infantes, al ver a los jinetes alejarse, los siguieron sin haber recibido orden alguna. Los hombres de Espitámenes se percataron de la maniobra y se precipitaron a caballo sobre el río. El pánico se apoderó de los hombres de Farnuces, que acabaron refugiándose en un islote en medio de la corriente, donde una vez rodeados fueron muertos. Cuando todo hubo acabado, Espitámenes ejecutó a los cautivos. Los que consiguieron escapar, que según Arriano fueron no más de 300 de a pie y 40 jinetes, llevaron consigo las noticias de la derrota, la peor del reinado de Alejandro. Todos los oficiales habían muerto, y las versiones de lo sucedido relatadas por los confusos soldados supervivientes, fue-

ron más bien contradictorias.

Alejandro reaccionó con la marcha más rápida de su vida. Llevando consigo a la mitad de los Compañeros, a los hipasistas y a lo más selecto de la infantería de la falange, hizo los 290 km que le separaban de Maracanda en 3 días y 3 noches, según cuenta Arriano (sin duda de forma exagerada). Crátero le seguía con las unidades más lentas. Espítámenes mientras tanto, había puesto sitio a Maracanda otra vez, pero tuvo que retirarse al tener noticias de la llegada de Alejandro. Éste inició rápidamente su persecución pero al saber que Espítámenes había ya cruzado el desierto, le dejó marchar, dirigiéndose al paraje donde había tenido lugar la emboscada para enterrar a los muertos. Mientras se oficiaban las ceremonias, impartió una orden a sus generales: "Asolad el valle del Politimeto, tomad cada fuerte, pueblo o aldea y demoledlos, quemad las cosechas y matad a cualquiera que pueda simpatizar con Espítámenes". El valle del Politimeto era, quizás, la zona más poblada y rica de toda la Sogdiana. Al final de la estación, la región se había convertido en un yermo. En 1980 la doctrina militar soviética preveía ataques devastadores contra la población rural. Cuando los Muyahidines emboscaban un convoy, los soviéticos inmediatamente bombardeaban las aldeas cercanas en venganza. Destruían los cultivos y talaban los árboles. Algunas veces

Casco de estilo Beocio, el que habitualmente usaban los Compañeros. Este fue encontrado a orillas del río Tigris y es posiblemente de época posterior.



llevaban órdenes incluso de matar al ganado, los caballos, los perros y los gatos. A menudo, no dejaban supervivientes con la excusa de que era un escondite de rebeldes.

A pesar de los problemas que Espítámenes estaba acarreamdo a los macedonios, el noble sogdiano tenía un punto débil: la tradicional falta de unidad de los clanes que operaban contra Alejandro. Muchos grupos actuaban de manera autónoma a las órdenes de sus líderes celosos e independientes. Sin embargo, Espítámenes, al contrario que Beso, demostró ser un líder carismático, inteligente y decidido. Puso en mar-

cha una estrategia de desgaste combinada con ataques de guerrillas bien calculados. Cuando se le presentaba la oportunidad no dudaba en pasar al ataque, como en Maracanda, donde además de haber metido al contingente griego en una ratonera, había conseguido amenazar las líneas de suministro de Alejandro. Tampoco dudaba en retirarse a zonas más seguras cuando las posibilidades de victoria eran reducidas.

Llega el invierno

Con el invierno a las puertas, Alejandro dejó una tropa de ocupación de 3.000 soldados de infantería en Sogdiana y se dirigió con el grueso del ejército a Bactra. Las provisiones para pasar el invierno habían sido almacenadas allí y Alejandro aprovecharía para despachar cuestiones de estado pendientes, recibir embajadas y esperar las tropas de refresco que venían de camino. Fue por estos días cuando tuvo lugar la multitudinaria asamblea que presencié la mutilación de Beso. La situación era todavía delicada, con bolsas de rebelión no controlada en muchas zonas de la Bactriana y la Sogdiana. Alejandro permaneció inmóvil durante un tiempo mínimo, hasta que lo más crudo del invierno hubo pasado.

Al fin, llegaron a la Bactriana 22.000 griegos de refuerzo, lo

que supuso un aumento considerable de la capacidad bélica de Alejandro en aquella región. Inicialmente estaba previsto que este contingente reforzara al ejército macedonio para su próxima campaña: la invasión de la India. Sin embargo, la crisis desatada en la Bactriana obligó a que estas fuerzas adoptaran un nuevo rol para el que no estaban preparadas. Preservando en lo posible a las tropas macedonias para lo que les esperaba más allá del Hindu-Kush en las riveras del Indo, Alejandro utilizaría a los mercenarios griegos para conquistar y luego colonizar las tierras levantiscas de Sogdiana y Bactriana, eliminando a los señores de la guerra y devolviendo el control de la situación al Sátrapa.

Campaña del año 328

A principios de la primavera del año 328 a.C., Alejandro con su ejército y los nuevos refuerzos griegos llegados durante el invierno, se pusieron en marcha. Dado el terreno y la naturaleza de las fuerzas enemigas, el Rey sabía que no podía afrontar la campaña con las estrategias convencionales. No había grandes ciudades que conquistar, enormes formaciones a las que combatir en campo abierto, ni corona de la que apropiarse, como había pasado anteriormente en Persia o Egipto. El enemigo merodeaba alrededor de los invasores y se confundía con el terreno. Esto suponía un enorme reto



Recreación de una operación conjunta con la Alianza del Norte en Bai Beche. Noviembre de 2001

para quien estaba habituado a aniquilar ejércitos con la táctica del martillo y el yunque, ya que éste no podía sujetar a los rebeldes el tiempo suficiente para que el martillo pudiera dar su golpe de gracia. Alejandro se enfrentaba al mismo dilema que los tácticos modernos, que con sus “martillos” de

alta tecnología han golpeado frecuentemente y sin efecto en esas tierras. En diciembre de 2001, el general Tommy Franks creía que las tropas de Al-Qaeda estaban atrapadas entre el martillo y el yunque en Tora Bora, al este de Afganistán. A pesar de una campaña masiva de bombardeos por parte de las tropas norteamericanas, Ben Laden y la mayoría de sus guerreros se esfumaron. En marzo de 2002, en el Valle de Shah-i Kot (operación Anaconda), una vez más, un plan audaz de “yunque y martillo” fue frustrado cuando la fuerza aérea americana bombardeó por error al “martillo” aliado. El señor de la guerra afgano Zia Lodin, aliado de la Coalición, retiró a sus hombres de la refriega sin previo aviso, dejando a las fuerzas norteamericanas del “yunque” expuestas al nutrido fuego de al-Qaeda. Las pérdidas fueron altas y otra dura lección fue aprendida acerca de hacer operaciones combinadas con líderes locales.

Pero el genio de Alejandro y su capacidad de adaptación le llevaron a intentar una respuesta más difusa y móvil contra los insurrectos. Tras salir de Bactra, se encaminó hacia el este, siguiendo los límites de los campos cultivados a lo largo del valle del Oxo y eliminando las plazas fuertes que quedaban en las estribaciones de las montañas. Tras llegar al valle del río Kokcha, cruzó el Oxo en las proximidades de Ai Khanoum. Allí dividió sus fuerzas en varios grupos. Para pa-

trullar la Bactriana escogió a cuatro jefes de la falange bajo la supervisión de Crátero (Poliperco, Atalo, Gorgias y Meleaegro) que al frente de sus unidades debían patrullar el territorio y mantener la paz.

Con el resto del ejército, Alejandro se adentró en la Sogdiana. Para evitar problemas de salud, ordenó cavar pozos de agua fresca en las cercanías del río Oxo. De esta manera evitaba el peligro de que las fuentes habituales de agua pudieran haber sido envenenadas por el enemigo. Por uno de los pozos supuraba una sustancia viscosa extraña para los macedonios. Ptolomeo reunió al Rey y a Aristandro. Deseosos de tener un buen augurio, el adivino pronosticó⁹ que la sustancia era efectivamente un regalo de los dioses, pero que traería consigo malos tiempos. No iba desencaminado Aristandro, pues la sustancia era petróleo. Debía de tratarse sin duda del yacimiento petrolífero actual de Kaudang, cerca de Termez. Esta profecía es, posiblemente, la primera referencia que se hace del petróleo en la literatura occidental.

Después de cruzar el Oxo, el Rey dividió sus tropas en cinco columnas, cada una destinada a cada uno de los 5 valles que discurrían al norte hacia las montañas de Pamir. Los nativos habían abandonado sus poblados y ciudades y habían buscado refugio en las montañas. Para escarmentarlos rápi-

Restos de capiteles en Ai Khanoum



da y contundentemente, se llevó a cabo un asalto coordinado. Hefestión barrió el valle del río Panj, Ptolomeo despejó el valle de Vakhsh, Pérdicas el valle de Kafirngan, y Ceno el de Sukhan-Darya. Alejandro se hizo cargo de la quinta columna y recorrió el flanco izquierdo en dirección a Maracanda. La arremetida general del avance se dirigía hacia las montañas de Hissar, la gran barrera natural que separaba la Sogdiana oriental y occidental, siendo la parte oriental reducida de manera sistemática, cayendo plaza fuerte tras plaza fuerte ante las tropas macedonias. No lejos de donde fue perpetrada la masacre contra los Bránquidas un año antes, el Rey descubrió la Roca Sogdiana¹⁰, una fortaleza rebelde

9. Otras fuentes dicen que el pronóstico fue el ambiguo tradicional: “la fuente de aceite presagia pruebas abrumadoras y, tras éstas, la victoria”.

10. Otras fuentes sitúan este hecho en el invierno de 328-327 en vez de en verano de 328; y algunas confunden el hecho con el asedio a la fortaleza de Sisimitres.

Armamento de Bactrianos, Sogdianos y Escitas

Los bactrianos y sus aliados los escitas iban usualmente armados con piedras, arco compuesto, hachas, lanzas y espadas. Las flechas llevaban puntas de bronce de tres filos. Los jinetes escitas desarrollaron un versátil instrumento de mano llamado gorytos, que permitía llevar en el mismo sitio el arco y las flechas. Lanzas de varias clases eran utilizadas, bien como armamento pesado bien como jabalinas. Éstas últimas se usaban con cintas de piel para incrementar la precisión y la distancia de uso.

Los bactrianos llevaban una espada corta y un coselete de cuero grueso reforzado con placas de metal. Una falda con tiras de cuero protegía la entrepierna y los muslos. Algunos llevaban cascos y otros, gorros capucha de lana. Su aspecto, con grandes melenas y barbas, era fiero y daba que hablar en el campamento griego.



El Ejército de Alejandro

Por su parte, las fuerzas armadas de Alejandro estaban integradas por una variedad de unidades tácticas que operaban bajo una sofisticada cadena de mando, la más avanzada de su tiempo. Tras abandonar Alejandría Proftasia en 330, Alejandro reorganiza sus tropas para adaptarlas a la lucha contrainsurgente. Los combates no serán ya campales como en Isos o Gaugamela sino que se efectuarán combates defensivos frente a grupos más o menos numerosos de jinetes que atacarán a los elementos aislados de su ejército, para luego huir a la estepa o al desierto y volver a aparecer en otra parte.



Alejandro y un Compañero

Tras la reforma de la caballería, la unidad básica ya no era el ile (200 jinetes), sino una nueva formación llamada Hiparquía, constituida por dos o más ilai. Organizadas de esta forma eran más útiles para salir a cazar insurgentes, al tener capacidad para enfrentarse a los ataques de la excelente caballería enemiga. El Ile Real también desaparece como título y lo sustituye el término *Agema*, que incluye tanto a la guardia de

infantería como la de caballería de Alejandro. El mando general de la caballería, antes residente en un Compañero, fue dividido por razones de seguridad, tras el complot de Filotas, descansando el mando en dos generales: Clito, de la vieja guardia de su padre, y Hefestión, su mejor amigo.

También hay unidades de nueva creación. Inspirándose en el armamento asiático, organiza escuadrones de lanzadores de jabalina (hippocontistes) y arqueros a caballo (hippotoxotes). Igualmente se piensa en la indumentaria de los soldados, que debe corresponder a las condiciones climáticas propias de Afganistán: necesitan turbantes para proteger sus cráneos de las insolaciones y, para calzar a los infantes destinados a caminar sobre la nieve o el hielo, sustituye las sandalias griegas por una especie de botas.

Fuente: Osprey

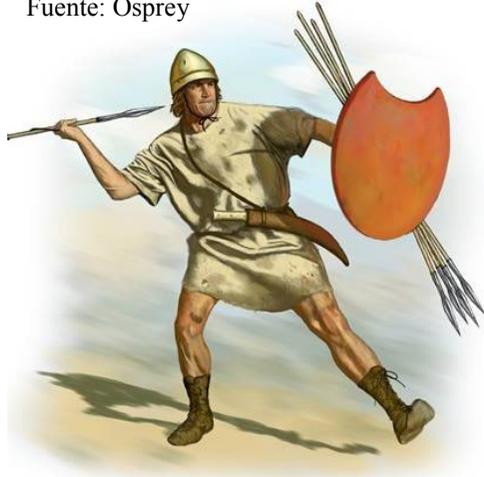


Hipaspista y Compañero de a pie

No tenemos datos que acrediten una reorganización similar en la infantería de la falange. La división entre los hipaspistas y los batallones de la falange persistió hasta el final del reinado. Los hipaspistas siguieron conservando su naturaleza de infantería de elite, nutriendo sus cuadros con veteranos de la falange. Lo cierto es que a partir del año 330, los refuerzos llegados de Macedonia empezaron a escasear, por lo que las filas de la falange se fueron llenando de iraníes, mermándose así la capacidad de combate de los veteranos macedonios, muchos de los cuales habían acabado integrados en las unidades de hipaspistas.

Posteriormente, para la campaña de la India, se formarían batallones de falange independientes formados exclusivamente por iraníes, lo que fue motivo de resentimiento entre los veteranos macedonios. Sin embargo, Alejandro, no tenía más opciones: asumir el riesgo o abandonar la campaña.

Fuente: Osprey



Peltasta

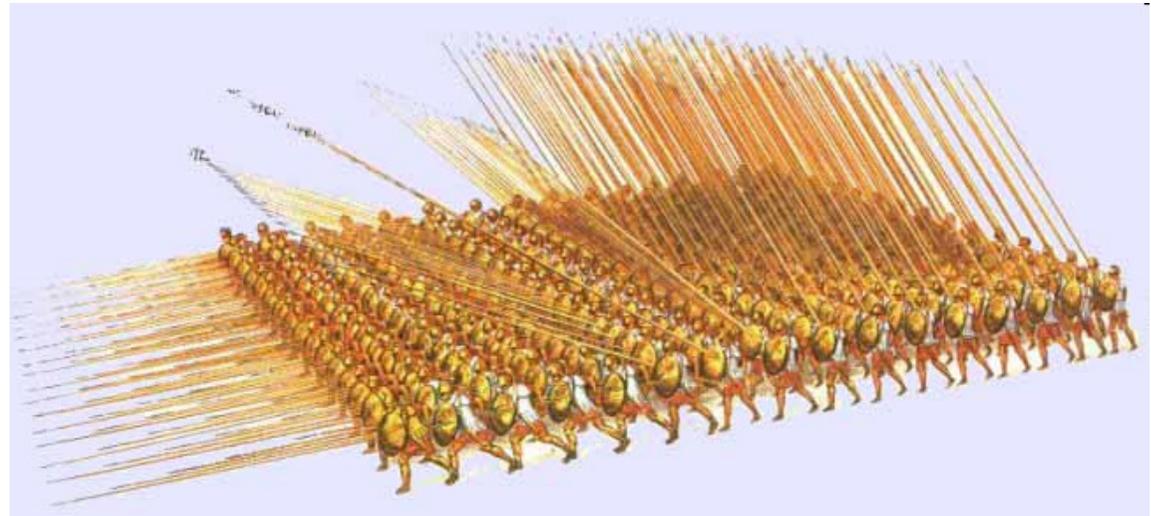
El argéada desplegó también gran número de tropas aliadas y mercenarias, pero para evitar que estas pudieran llegar a tener el poder o el tamaño de las fuerzas macedonias, empleó a los primeros como fuerzas de guarnición o como colonos en los enclaves por los que fue pasando. Este hecho acabó causando malestar entre las tropas griegas. Acompañando al ejército iban también administradores, funcionarios civiles, servicios de intendencia, sanidad, almacenes, y el avituallamiento de hombres y caballos. Al parecer, Alejandro, también pensó en las expansiones de sus hombres y proveyó a su ejército de un numeroso séquito de cortesanas, sin duda el primer lupanar militar de campaña de la historia.



Agriano

Fuente: Osprey

Falange macedonia en formación de ataque



Panoplia griega y macedonia



1. Casco frigio con plumas en la cresta y en los laterales.
2. Casco tracio con protecciones para los pómulos y cresta fina.
3. El casco de hierro de Vergina, a diferencia del frigio, la cresta es más fina.
4. Coraza de bronce completa (peto y espaldar).
5. Media coraza de bronce (solo peto).
6. Coraza de Hierro.
7. Espada pequeña Xiphos y espada larga Kopsis.
8. Linotórax con doble capa de tiras para facilitar la movilidad.

Fuente: Osprey



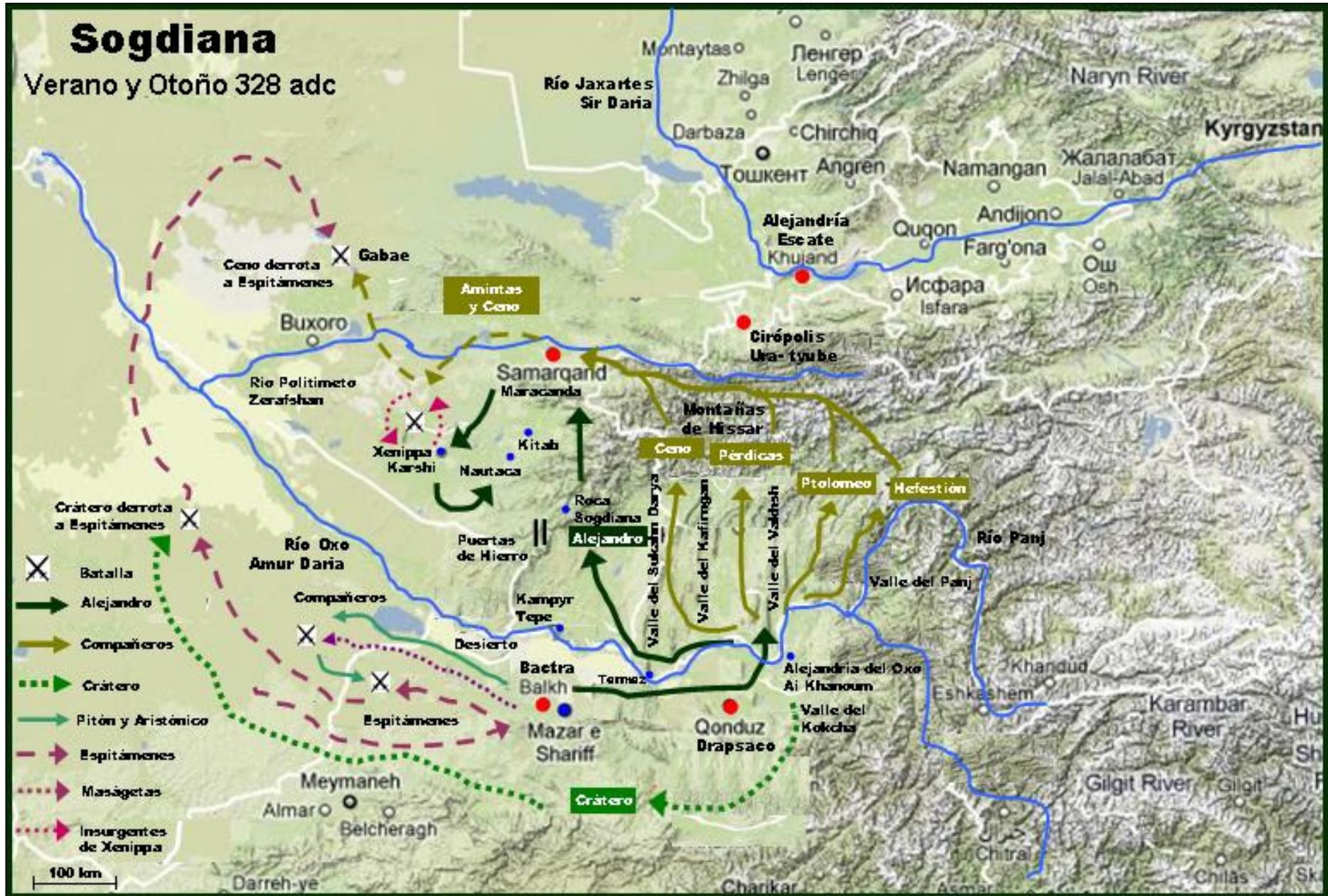
Reconstrucción de Ai Khanoum (Alejandría del Oxo)

en las montañas al mando de Arimazes. Este señor de la guerra había reclutado a 30.000 hombres y se había atrincherado con gran cantidad de víveres en unas cuevas que dominaban un profundo acantilado sobre una gran roca. Alejandro envió a Cofes, el hijo de Artabazo a parlamentar y pedir la rendición. Arimazes se mofó de la propuesta y desafió a los griegos a ir a por él si es que podían volar. Alejandro, siempre dispuesto a aceptar retos, buscó entre sus tropas a expertos escaladores. Les prometió que el primer soldado que alcanzara la cumbre nevada de la montaña sería



Misma perspectiva de las ruinas

recompensado con una suma de 12 talentos (unos 26 kilos de plata), y, que todos aquellos que lo siguieran serían también recompensados según el orden de llegada. Cargados con armas y comida, los voluntarios usaron cuerdas y clavos para escalar la parte trasera de la empinada montaña, fuera del campo visual de los defensores. La subida les llevó al menos 24 horas. Algunos hombres cayeron al vacío, pero los más llegaron justo encima de las cavernas. Entonces Alejandro mofándose de Arimazes lo invitó a mirar hacia arriba para que comprobara que, efectivamente, los griegos podían



Hugo A. Cañete

volar. El asustado hiparco perdió los nervios y rindió la fortaleza, entregándose él y su familia junto con sus seguidores a Alejandro. El Rey fríamente separó a las personas más notables, incluyendo a Arimazes, para ser azotados y crucificados en la misma falda de la montaña. El resto fueron vendidos como esclavos. Para evitar que pudiera resurgir otro líder rebelde en el lugar, dejó la fortaleza bajo el control de Artabazo.

Estaba ya tardía la estación veraniega y cada una de las cinco columnas había completado su misión con éxito, llegando paulatinamente al punto de reunión en Maracanda. Instalado en el palacio de los sátrapas, el Rey recibió a una serie de embajadas de las tribus de los Sacas del Norte y del Oeste del Jaxartes que querían reafirmar su lealtad. No podemos dejar de mencionar, llegados a este punto, la embajada enviada por el rey castellano Enrique III a Samarcanda en 1404 para concertar una alianza con Tamerlán, con el objeto de luchar contra los turcos en dos frentes. Encabezaba la misma Ruy González de Clavijo, y desde entonces, hay un barrio llamado Madrid en la ciudad de la seda.

Mientras el ejército descansaba en Maracanda, Hefestión y sus tropas llevaron a cabo la labor de repoblación de las tierras assoladas. El general macedonio encontró a la población

Base de bronce de una sari-sa. Tras someterse a limpieza aparecieron las marcas MAK de makedonion, lo que la identifica como equipo de guerra macedonio.



huída en las montañas y los llevó de regreso a los pueblos, donde volvieron al trabajo. Hefestión dispuso guarniciones griegas en las villas para mantener el orden. Uno de los asentamientos, probablemente levantado por el amigo de Alejandro, pudo haber sido el enclave estratégico de Ai Khanoum, baluarte de la Alianza del Norte.

El sitio fue escogido por Alejandro para establecer una ciudad cuando cruzó por aquel punto el Oxo durante la primavera. Aunque es posible que ya hubiera asentamientos anteriores, fueron los griegos los que la fortificaron con murallas

y foso, embelleciéndola con edificios y teatro. Se llamaría Alejandría del Oxo.

Curiosamente, la leyenda de Alejandro todavía perdura en estos valles perdidos, donde el macedonio dejó su huella. Hay un Iskander Darya (Río Alejandro) que fluye desde el Iskander Kul (Lago Alejandro). Los oriundos creen que Alejandro construyó una presa de oro para formar el lago y que pepitas de oro pueden ser encontradas todavía hoy aguas abajo de la presa en Ayni y Penzhikent. También cuentan que cada periodo de luna llena, Bucéfalo sale de las aguas del lago y cabalga por el cielo nocturno.

Parecía que lo peor ya había pasado. Justo unas semanas antes de retirarse otra vez a los cuarteles de invierno. En la siguiente primavera, el ejército podría por fin, abandonar la Bactriana y dirigirse a la India. Sin embargo, Espítámenes no pondría las cosas fáciles. Concibió un plan para privar a los macedonios de las reservas de alimento necesarias para pasar el invierno. Y se las arregló para atacar en el sitio menos esperado: Bactra.

Espítámenes ataca Bactra

No se trataba de una simple escaramuza guerrillera, era un movimiento que perseguía anular el nudo vital de comunica-

ciones y suministros de Alejandro. Espítámenes al frente de sus hombres y de sus 600 jinetes aliados escitas maságetas, atacaron y destruyeron la guarnición griega que defendía los accesos occidentales de Bactra. Luego saquearon todos los poblados de los alrededores, agrupando el ganado allí concentrado que había de servir de alimento al ejército de Alejandro durante el invierno, llevandoselo consigo. Como es lógico, Espítámenes no puso sitio a la capital, pues además de no tener relevancia estratégica para él, tenía unas impresionantes murallas que le llevaría demasiado tiempo expugnar. ¿Para qué empeñar recursos en ello si después no podría mantener Bactra en sus manos?

Mientras los insurgentes agrupaban los rebaños capturados, un grupo de Compañeros que se habían quedado en Bactra por estar heridos o enfermos decidieron reaccionar. Bajo las órdenes de Pitón y Aristónico¹¹ se enrolaron ochenta jinetes mercenarios y algunos pajes del Rey, haciendo una salida contra los maságetas. Sorprendidos, los escitas fueron destrozados. El botín fue recuperado y los Compañeros se dirigieron en desorden de vuelta a Bactra. Por desgracia para ellos, cayeron en una emboscada tendida por Espítámenes, que seguía a los maságetas a distancia: siete Compañeros y sesenta jinetes mercenarios resultaron muertos. Entre ellos se encontraba Aristónico. Pitón, que era Jefe de la Casa del

11. el músico más famoso de su época. Tocaba el arpa, la cítara y habitualmente cantaba para Alejandro y los Compañeros. Tras su muerte “como un soldado y no como un cantante”, Alejandro lo homenajeó mandando poner una estatua suya en Delfos.

Rey, y cuyo objetivo era recobrar el ganado, fue capturado vivo y llevado prisionero por los escitas. Crátero, cuya misión era guardar la Bactriana, fue inmediatamente informado de lo sucedido y tras celebrar consejo, salió en persecución de los escitas maságetas, que huían hacia sus estepas. El general macedonio acertó a alcanzarlos en las lindes del desierto, donde entabló una batalla encarnizada de la que salieron vencedores los macedonios, después de haber matado a 150 jinetes escitas. Sin embargo, Espítámenes con el grueso de su hueste consiguió huir. Alejandro no tendría más remedio que empeñar otro año luchando en la Bactriana.

Por segunda vez en 328 a.C., Alejandro acuarteló en Maracanda a las tropas destacadas en la Sogdiana. Volvió a reunirse con emisarios enviados por las tribus escitas. Un dirigente de los Sacas ofreció a su propia hija como esposa para Alejandro y la descendencia de sus súbditos más destacados como pareja para los Compañeros. Alejandro la rechazó diplomáticamente, pero la idea de tomar a una dama persa como consorte arraigó en su mente y dio fruto unos meses más tarde. A pesar de su edad, 28, el Rey todavía no había pensado en el matrimonio. Su mente ahora estaba ocupada en los problemas logísticos de su ejército. La razzia de Espítámenes le hizo replantearse todos los preparativos para pa-

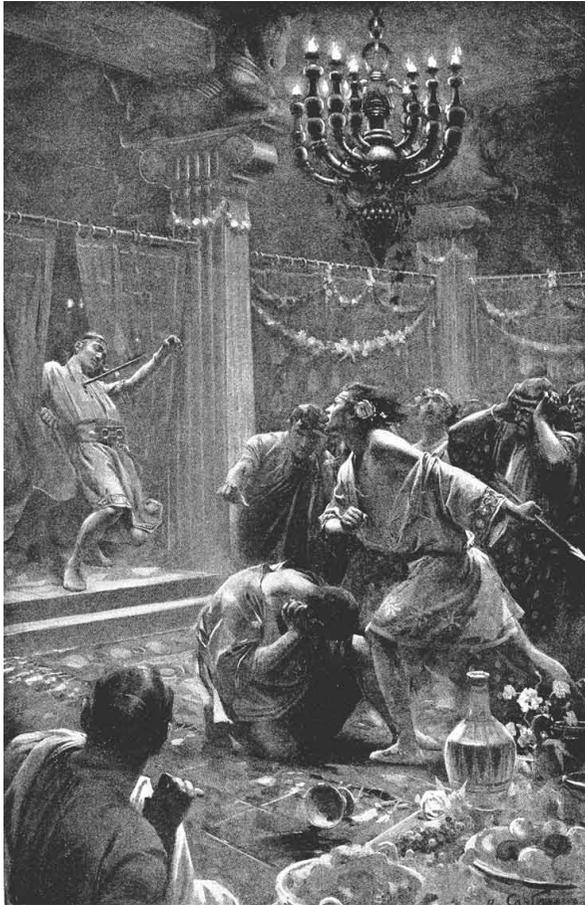
sar los meses de invierno. Lo primero que hizo fue dirigir a sus hombres a una excursión a la reserva de caza real persa de Básiata, donde tuvo lugar una enorme cacería. Los animales salvajes, a quienes nadie había molestado durante generaciones fueron muertos en masa. El ejército macedonio colmó el hambre y regresó a Maracanda.

Una vez instalados, Alejandro reemplazó a Artabazo como sátrapa de la Bactriana a petición del propio interesado, que alegó estar ya viejo¹² para desempeñar el cargo. En su lugar, Alejandro nombró sátrapa a un macedonio, Clito el Negro, uno de los generales de su padre, que le salvó la vida en la batalla del Gránico. Quizás el Rey ya preveía que tendría que dejar en la Bactriana un gran contingente militar de ocupación, una fuerza que debía ser comandada por un macedonio. Sin embargo, Clito apenas llegó a tomar posesión del cargo, ya que fue muerto a manos del propio Rey en una discusión acaecida en un banquete donde ambos habían bebido demasiado. Es posible que Clito se sintiera "degradado" por el nuevo nombramiento¹³, lo que unido a la larga lista de agravios que venía sufriendo la vieja guardia macedonia y a la intoxicación etílica, se desencadenara el acto fatal por parte de Alejandro.

Todo empezó cuando en el banquete los aduladores de la

12. Aunque alguna fuente cita que tenía 100 años, quizás para justificar la decisión, lo cierto es que debía tener alrededor de 70 años.

13. Había un antecedente preocupante en el nombramiento de Parmenión como sátrapa de Media ..



Alejandro mata a Clito en un arranque de ira durante un banquete

corte insistieron en halagar a Alejandro y en denigrar a su padre. Comparaban el nacimiento de Alejandro con el de los Dioscuros, negando así la paternidad de Filipo, y se mofaban de los generales que habían muerto a manos de Espítámenes en el valle del Politimeto. No hay pruebas de que Alejan-

dro quisiera minar el poder de Clito o destruirlo, aunque El Negro ya se había ido distanciando por la tendencia creciente de la corte al despotismo oriental. Con la cita de unos versos de la *Andrómaca* de Eurípides, sugirió Clito que la gloria del Rey era parasita de las vidas de sus hombres. Después elogió a Filipo en detrimento de Alejandro, e insistió en sus propios méritos al salvar la vida de Alejandro en el Gránico. Ninguno de los presentes pudo contener la cólera del Rey, y aunque la guardia reaccionó con una lentitud digna de encomio a la hora de obedecer las órdenes del macedonio, y los amigos de Clito consiguieron retirarlo de la estancia, éste volvió poco después en la cumbre de su furia etílica mientras Alejandro se lamentaba de que era otro Darío, traicionado también por su corte. En la confusión, el Rey macedonio cogió una lanza y se la clavó a Clito en el pecho, muriendo éste al instante. Se cuenta que al percatarse de lo que había hecho, Alejandro intentó matarse con la misma lanza. Este hecho inesperado y largamente llorado por Alejandro, obligó al argéada a nombrar a otro sátrapa, esta vez persa: Amintas.

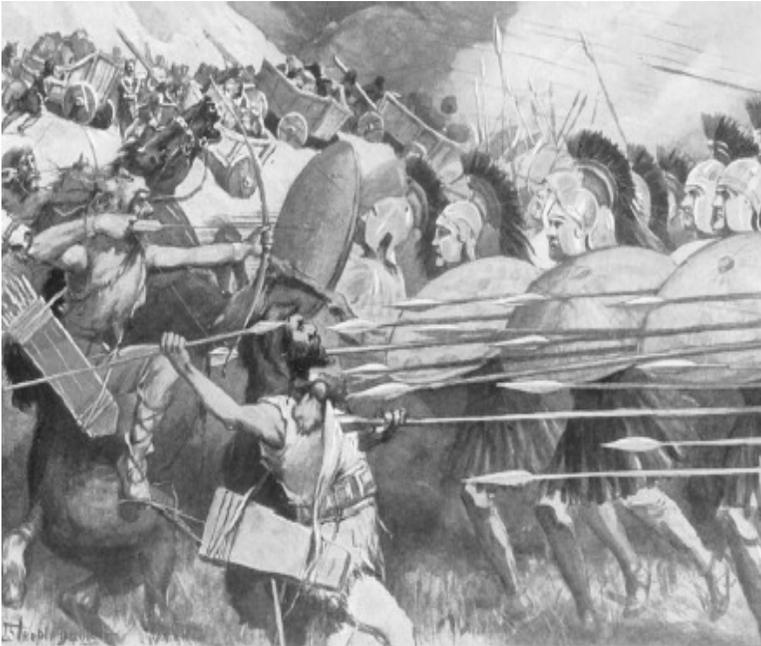
Debido a la devastación llevada a cabo por Espítámenes en los alrededores de Bactra, el Rey abandonó la idea de situar allí sus cuarteles de invierno. Destacó a Hefestión a la zona para restaurar el orden en la ciudad y sus alrededores, pero

el resto del ejército permanecería convenientemente dispersado en la Sogdiana. Los hombres vivirían del terreno organizados en grupos móviles, lo que les daba la ventaja adicional de negar a Espítámenes el acceso a los recursos del país o de aprovisionarse en poblaciones amigas durante el invierno. Se había tejido una tela de araña que impediría cualquier movimiento del líder rebelde en este sentido. Estaba claro que los víveres y las rutas de suministro eran la clave para ganar esta guerra interminable.

Amintas tomó posesión de la satrapía y de las tropas que estaban al mando de Artabazo (incluyendo los reclutas nativos). Alejandro lo dejó, junto a Ceno, para que pasara el invierno en Maracanda con un gran contingente mixto de caballería, dos batallones de falange macedonia y otras unidades auxiliares. Su objetivo era vigilar estrechamente los límites septentrionales de la Sogdiana y hostigar a los aliados escitas de Espítámenes. El Rey partió con otra parte del ejército hacia una fértil región llamada Xenippa (quizás la actual Karshi). Allí, unos 2.500 insurgentes trataban de pasar el invierno confundidos entre la población local, pero la noticia de la llegada de Alejandro, persuadió a los nativos de la conveniencia de expulsar a sus "invitados". Desprovistos de refugio, las partidas guerrilleras se dirigieron al norte, justo a los brazos de Amintas y Ceno. El encuentro fue terri-

ble para ambas partes, aunque fueron los sogdianos los peor parados. Con la vía de escape al norte cortada, los rebeldes se escabulleron otra vez hacia el sur, donde los esperaba Alejandro. La trampa estaba cerrada y los insurgentes acabaron rindiéndose al macedonio. Alejandro se dirigió entonces a Nautaca (cerca de la actual Shahrīsabz) a pasar lo peor del invierno.

Espítámenes se dio cuenta de las intenciones de Alejandro de ocupar toda la Bactriana y la Sogdiana militarmente para impedirle a él y a los suyos poder cobijarse en esas regiones durante el invierno. Efectivamente, Alejandro había vuelto las tornas. Los problemas de aprovisionamiento de Espítámenes lo obligaron a atacar una guarnición fronteriza, que al dar la alarma, pronto atrajo a la fuerza de Ceno y Amintas. Espítámenes, con sus hombres y un contingente aliado maságeta de unos tres mil jinetes se enfrentaron a los griegos en campo abierto cerca de un lugar llamado Gabae. La victoria macedonia fue completa. Los griegos dijeron tener, sin duda exagerando, 37 bajas en el combate, mientras que los rebeldes sufrieron 800 muertos. Un número considerable de bactrianos se rindió a Ceno tras la derrota, pero Espítámenes volvió a escapar. Los escitas maságetas, viendo el mal cariz que estaban tomando los acontecimientos, reconsideraron su alianza con Espítámenes y, de paso, aprove-



Ceno derrota a Espitámenes en Gabae

charon para saquear las tierras de sus antiguos aliados en su retirada. A medida que Alejandro iba cerrando la red, Espitámenes empezó a sentir desesperación. Bien se acordaba de que él había traicionado a Beso cuando éste estaba en su momento más bajo; y ahora temía que los suyos lo traicionaran a él. Había fracasado demasiadas veces y sus aliados nómadas acabaron matándolo¹⁴ al tener noticias de que el

propio Alejandro entraba en campaña contra ellos. Una delegación escita llevó la cabeza del señor sogdiano al Rey macedonio como prueba de amistad.

La traición a Espitámenes, ciertamente alivió los problemas de Alejandro. El jefe rebelde bactriano les había hecho la vida miserable a los griegos con tácticas de acoso y hostigamiento que recuerdan a las actuales de los muyahidines. Quizás no hubiera fundamentalismo religioso, pero el resto de elementos permanece inmutable: líderes carismáticos, fuertes lealtades locales, alianzas cambiantes, tácticas de guerrilla, xenofobia innata y capacidad de resistencia. Espitámenes no lideró una revuelta nacionalista, como dicen algunos historiadores, igual que los muyahidines que se enfrentaron a los soviéticos tampoco tenían pretensiones nacionalistas. El noble sogdiano simplemente consideró que los extranjeros interferían en los intereses particulares de la región. Sus alianzas con el resto de los rebeldes y de estos entre sí, fueron puramente de oportunidad. Nunca persiguió título alguno que sugiriera aspiraciones de ninguna clase. Su estrategia y tácticas son antecedente de las que llevan a cabo los afganos actuales: elemento sorpresa, no entablar

14. Otra versión cuenta que fue la esposa de Espitámenes la que envió la cabeza a Alejandro. El jefe rebelde la amaba mucho por lo que la llevaba consigo en sus correrías. Parece ser que ante el mal cariz que tomaban las cosas, apremió a su marido a firmar la paz, para preservar a sus hijos. Espitámenes sospechó de ella y la amenazó pero sus tres hermanos intercedieron por ella, por lo que volvió junto a él. Una noche llegó al lecho borracho, y ella aprovechando el momento, lo decapitó y le llevó la cabeza a Alejandro. Éste la recibió con alegría, pero la despachó rápidamente para que este tipo de hechos no influyeran en la “inocencia” de sus soldados. La hija de Espitámenes, aparentemente, no se ofendió, ya que acabó casándose con Seléuco.

combate en campo abierto, uso del terror, utilización de las ventajas del terreno y del clima, y empleo de tecnologías primitivas con éxito. Espítámenes representó, más que ninguno, las cabezas de la hidra que amenazaron sin descanso a los invasores griegos. Otros señores de la guerra siguieron sus pasos, pero carecieron de su genio en la guerra de guerrillas. Tenían dientes afilados pero poca vista y cortas entendederas.

Sisimitres

A finales del otoño o principios del invierno de 328 a.C., Alejandro atacó a un par de estos caudillos en sus guaridas. Las fuentes no especifican mucho sobre esta campaña, pero es probable que tuviera lugar arriba en las montañas. Como la ciudadela de Ariamazes capturada esa primavera, estos enclaves tenían la ventaja del terreno accidentado. Un hiparco llamado Sisimitres (en otras fuentes llamado Corienes) llevó a sus seguidores más allá de un estrecho y fortificado paso en las Puertas de Hierro, cuyos muros son visibles todavía hoy. Como último refugio, los nativos se atrincheraron en una escarpada fortaleza¹⁵ protegida por un estrecho desfiladero y un río de aguas bravas. Gran cantidad de víveres habían sido acumulados allí, y la familias de varios señores

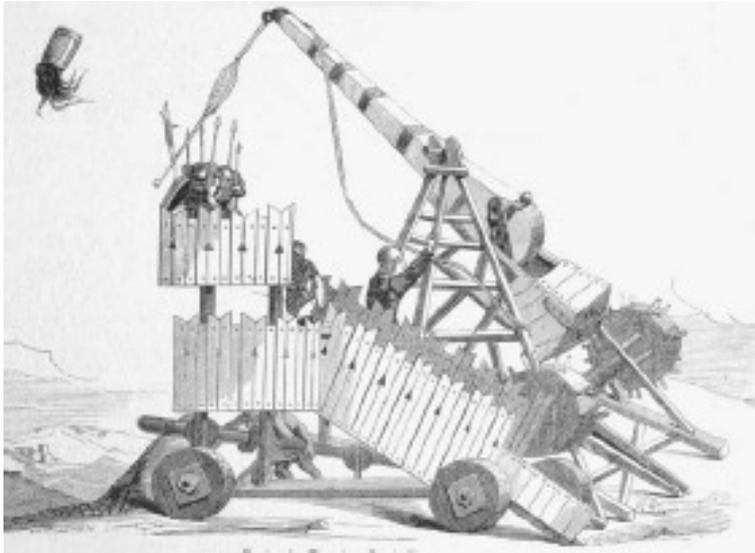
de la guerra se unieron a Sisimitres¹⁶. A ojos de los sogdianos el sitio parecía inexpugnable.

Con un viento gélido y con la nieve hasta las rodillas, las tropas de Alejandro asaltaron primero el paso fortificado. La posición estaba fuertemente defendida, pero el Rey había traído consigo artillería de sitio. Estas impresionantes máquinas operaban bajo la protección de arqueros y honderos. Una vez que los invasores lograron abrirse paso, comenzaron a trabajar en la manera de sortear el barranco y el salto de agua que protegía la fortaleza. Durante el día, el Rey supervisaba el asedio. Por la noche, el trabajo progresaba bajo la dirección de tres generales macedonios: Ptolomeo, Pérdicas y Leonato. Esta eficiente manera de actuar fascinó y alarmó a los defensores. Una rampa de arena se iba acercando inexorablemente a la fortaleza, poniendo al alcance de sus muros a las catapultas macedonias. Una prueba extraordinaria de esta acción podría haber sido descubierta hace 8 años. En Septiembre de 2002, los arqueólogos descubrieron en las Puertas de Hierro junto al río Shurob una bala de piedra de catapulta. Este artefacto ha sido descrito como quizás la única arma jamás¹⁷ recuperada de los ejércitos de Alejandro.

15. alguna bibliografía lo identifica con el episodio de la Roca Sogdiana.

16. entre ellos se encontraba la madre de Sisimitres, que era a su vez su esposa y madre de sus dos hijos.

17. También se conserva en un museo británico el apoyo de bronce de una sarisa con las marcas MAK de makedonion. Se trata seguro de una pieza proveniente de la falange macedonia, aunque podría no ser del periodo de Alejandro.



Máquinas de asedio como ésta causaron pánico en Sisimitres y los suyos

Sisimitres se dio cuenta de que no podría defender la fortaleza contra la tecnología desplegada por los griegos. Así que recibió a los emisarios enviados por Alejandro para que se rindiera. El macedonio tenía prisa por marcharse a la India, y Sisimitres y los suyos solo querían ver a los invasores fuera de sus territorios, por lo que la vía del acuerdo estaba abierta. Pero su madre-esposa lo convenció para que siguiera resistiendo. A medida que las catapultas y las máquinas de asedio fueron acercándose a las murallas, su determinación se derrumbó. Finalmente, acabó rindiendo la ciudadela

con su guarnición y vituallas. Esta vez, a diferencia del pasado, no hubo crucifixiones ni esclavitud para los vencidos. Alejandro cambió su política respecto de los vencidos, y ésta acabaría dándole los mejores dividendos. Mostró piedad por Sisimitres, perdonándolo y restaurándolo en el poder. Quizás el Rey lo vio necesario para ganarse la confianza de los demás señores de la guerra. Sin embargo, los hiparcos bactrianos tenían un largo historial de intrigas y dobles juegos. Así que para garantizar el acuerdo, Alejandro retuvo a los hijos de Sisimitres como rehenes y se los llevó con su ejército.

Matrimonio Real y últimas operaciones de limpieza en el Norte

Tras la campaña, Alejandro y sus tropas se establecieron en Nautaca (actual Karshi) donde disfrutaron de un merecido descanso. Para muchos este era el séptimo invierno lejos de las playas de Grecia, y el tercero luchando en Afganistán. El sitio era inhóspito y frío, lejos de los palacios y las comodidades de Persia o Babilonia, pero las tropas estaban contentas. Habían rendido a Espítámenes, Ariamazes y Sisimitres. Las noticias corrieron como la pólvora llegando a los escitas, que enviaron al señor de la guerra Datafernes encadenado, tal y como éste había entregado a Beso. También Orsodates había caído a manos del propio Alejandro en algún punto de



Sharbat Gula, la segunda afgana más famosa. Fotografiada en 1985, nos puede dar una clave sobre la belleza de Roxana

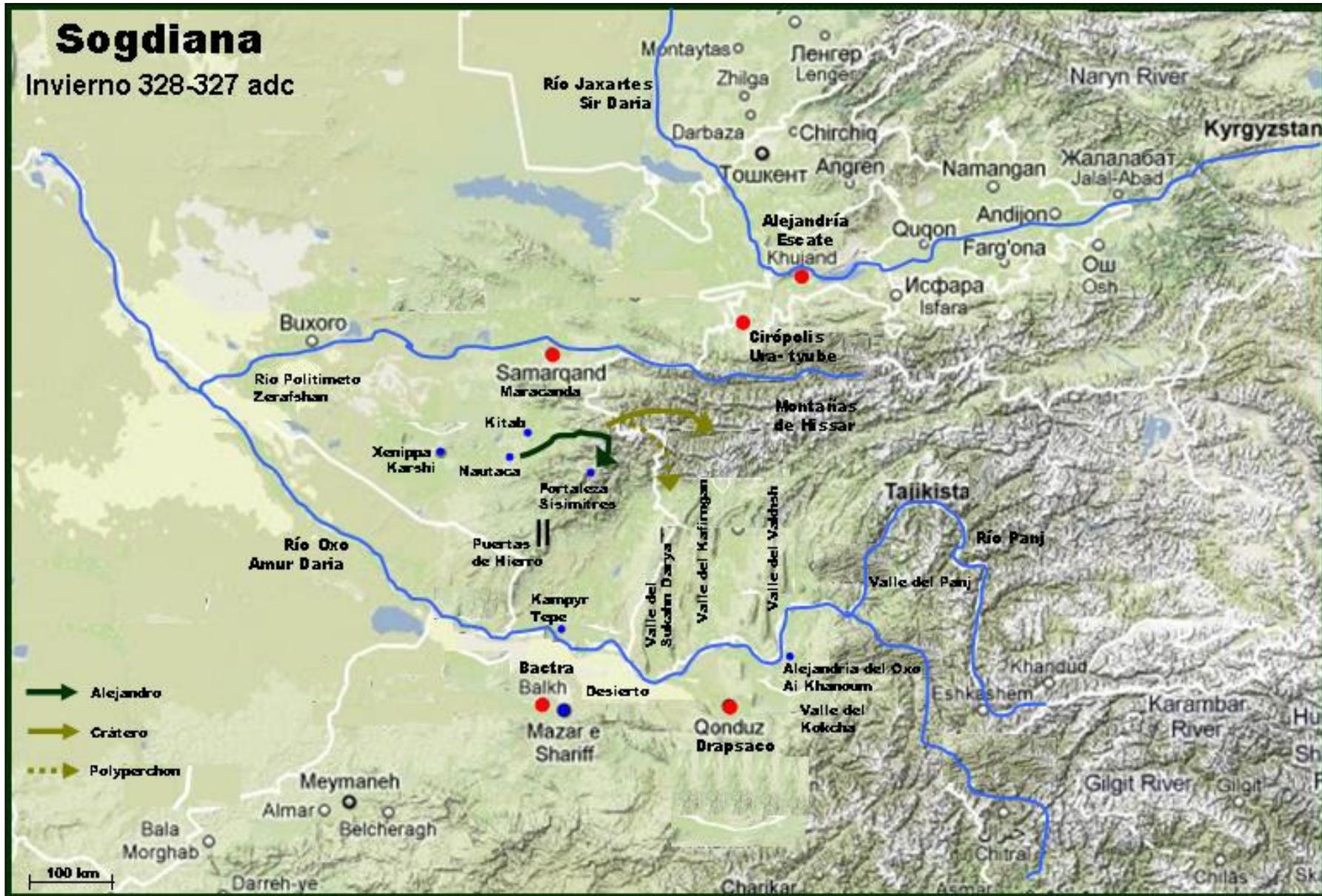
la campaña. Los generales macedonios que patrullaban el resto de provincias llegaron a Nautaca con buenas nuevas de sus territorios. Una vez más parecía que Alejandro y su ejército tenían al alcance la oportunidad de terminar con la invasión de la Bactriana en condiciones favorables.

No se sabe si inspirado por las recientes ofertas de matrimonio de los Escitas, o herido por el dardo del amor a una joven cautiva bactriana, Alejandro decidió contraer matrimonio con una mujer perteneciente a un importante clan. Eligió a la hija de Oxiartes, llamada Rauxnaka, cuyo significado es "pequeña estrella" en persa. Los griegos lo pronunciaron

Grabado idealizado de la boda de Alejandro y Roxana



"Roxana". Oxiartes, fue uno de los jefes que traicionaron a Darío y se unieron a Beso. Tras la muerte de éste, siguió presumiblemente unido a los rebeldes contra Alejandro. No podemos saber si acompañaba a Espitámenes o hizo la guerra por su cuenta, pero poco después de la muerte de este último, se rindió y ofreció sus servicios a Alejandro, que lo utilizó como negociador. La familia de Oxiartes, entre los que se encontraba Roxana, formaba parte del grupo de los



Hugo A. Cañete

que se rindieron con Sisimitres, por lo que aquel pudo haber estado involucrado en las negociaciones de rendición de la ciudadela. Roxana había sido elegida para interpretar una danza nativa para los invasores tras la capitulación. Alejandro se fijó en ella y la sacó del bullicio de la tropa. La ceremonia de matrimonio fue sencilla: compartiendo una rebanada de pan cortada por su espada quedaron formalmente unidos en matrimonio. En los corrillos muchos de los invitados se preguntaban ¿Por qué ella? ¿Por qué aquí?

Quizás el Rey sintiera amor por Roxana, pero no hay duda de que la ceremonia también sirvió para consolidar una reconciliación simbólica con todos los clanes bactrianos, sirviendo los esponsales de amalgama para todos ellos. Con el matrimonio consumado Alejandro entraba de lleno de uno de los clanes más influyentes, desde donde tendría la oportunidad de forjar nuevas alianzas y lealtades. También nombró el macedonio a un hijo de Oxiartes para un alto cargo y reclutó bactrianos para su propio ejército. Este drenaje de hombres fue el golpe de gracia para la resistencia, aunque, como no podía ser de otra manera, causó alarma por enésima vez en la tropa europea. Las formaciones más afectadas por estas reclutas eran las de la falange macedonia, ya que sus soldados más veteranos pasaban a engrosar las plazas disponibles en las unidades de elite de los hipaspistas, sien-



Samarcanda

do sustituidos por jóvenes persas, a falta de reemplazos macedonios, lo que empezaba a restar eficacia a los batallones.¹⁸

Después de dos meses en los cuarteles de invierno, el incansable Alejandro se aprestó a la acción antes de la llegada de la primavera del año 327 a.C. Durante los primeros días de marcha por la Sogdiana tuvo que hacer frente a los estragos de una terrible tempestad de granizo. Los cielos se tornaron negros y el relámpago iluminó el cielo a cada instante. El trueno anticipó un temporal de lluvia y granizo que aplastó a las tropas. Los soldados acabaron cobijándose bajo sus es-

18. También se formaron batallones de falange íntegramente formados por nativos.



Sol de Vérgina o Estrella Argéada, símbolo de la dinastía real de Alejandro

cudos, pero a medida que el hielo se acumulaba en lo alto, se volvieron demasiado pesados para soportarlos. Las formaciones se rompieron y los hombres corrieron a buscar refugio en los bosques. Con la caída de la noche, todo se heló. Muchos hombres asustados se perdieron. Más de dos mil hombres murieron de frío antes de que despuntaran los rayos del alba del día siguiente. Sisimitres, recientemente perdonado, envió víveres para alimentar al ejército macedonio, lo cual fue un signo inequívoco de la efectividad de las políticas de acercamiento a los locales que había llevado a cabo Alejandro durante el invierno. El Rey le devolvió el favor posteriormente, haciendo una razzia en territorio escita y trayéndole 30.000 cabezas de ganado como recompensa.

Entre los señores de la guerra todavía alzados en armas contra Alejandro destacaban Catanes y Austanes. Alejandro mandó a Crátero con un gran contingente de infantería y caballería para capturarlos. Crátero se dirigió a las regiones donde se encontraba el grueso de la insurgencia, y envió a su lugarteniente Polyperchon a la zona de Bubacene (actual Valle del Sukhan-Darya). Crátero mató a 1600 rebeldes, entre los que se encontraba Catanes. Austanes fue también capturado y enviado a la presencia de Alejandro.

Muerte de Calístenes

En la primavera de 327 a.C., los intentos de Alejandro para reconciliar a todas las facciones de su corte provocaron otra crisis. Desde el desafío de Beso a la legitimidad de Alejandro al trono de Persia, éste había añadido a sus responsabilidades tradicionales griegas y macedonias, varias propias de los Reyes Aqueménidas, entre las que se encontraban algunas acciones protocolarias propias de la corte persa. Los macedonios no comprendían el por qué de estas actitudes para con los vencidos y la relación entre ambas facciones acabó en conflicto abierto. Los persas siempre practicaban la *proskynesis* ante sus reyes. No está claro para los estudiosos en qué consistía exactamente este acto. Para unos se trataba de una reverencia marcada a la vez que se daba un beso

ceremonial. Para otros, había que arrodillarse y tocar el suelo con la frente. El caso es que para un persa, esta deferencia significaba simplemente el reconocimiento del rango superior del Rey. En el mundo griego, sin embargo, esta manera de proceder representaba un acto de adoración a un dios. Como consecuencia, la proskynesis ante el Rey era un acto obligatorio para unos e impensable para los otros. Alejandro fue inflexible y ordenó que la proskynesis fuera efectuada por todos los miembros de la corte, incluidos los griegos y los macedonios.

Un día en un banquete, los compañeros de Alejandro bebieron hasta reventar para después efectuar la proskynesis. Sin embargo hubo uno, Calístenes de Olinto, que no lo hizo. Calístenes era el historiador de la expedición y sobrino de Aristóteles. Durante el banquete se levantó y dio un discurso: *“Los hombres han instituido numerosas distinciones entre los honores que convienen a los mortales y los que convienen a los dioses. Para éstos construimos templos, elevamos estatuas, reservamos territorios sagrados, ofrecemos sacrificios y libaciones escribimos himnos y peanes, y ante ellos nos prosternamos. Para los humanos, elevamos una estela o una estatua, escribimos elogios, pero nada más y, cuando estamos ante ellos, los saludamos o les damos un beso. No es razonable alterar todo esto, porque otorgar a los hom-*

bres los mismos honores que a los dioses supone rebajar a estos últimos, lo cual es sacrilegio. A Alejandro le indignaría, y con razón, que un simple particular se hiciera nombrar rey y se le honrara como a tal por simple elección; pero cuánto más legítima sería la indignación de los dioses viendo a hombres atribuirse honores divinos. Y tú, Alejandro, recuerda que has emprendido esta expedición en territorio bárbaro para trasladar a él los valores de nuestra civilización, no para renegar de ellos. Y si hemos de pensar como bárbaros, porque estamos en territorio bárbaro, entonces yo, Calístenes, te pregunto, Alejandro, cuando vuelvas a Grecia, ¿crees que podrás hacer que se prosternen ante ti los helenos y los macedonios?”

Este discurso causó gran impresión a Alejandro, e inmediatamente quiso hacer una demostración en público. Brindó bebiendo en una copa de oro que hizo circular, empezando por aquellos que eran proclives a sus deseos. Los partidarios de la prosternación se levantaron uno tras otro, bebiendo, prosternándose y recibiendo un beso de Alejandro. Cuando le tocó el turno a Calístenes, éste se levantó, bebió en la copa, y sin prosternarse se dirigió hacia Alejandro para besarle. El Rey, que hablaba con uno de los Compañeros, no había visto que el rito no había sido respetado y se preparaba para dar un beso a Calístenes, cuando otro joven Compañero

ñero le hizo observar que Calístenes no se había prosternado. El rey se negó entonces a besarle y Calístenes dijo con una sonrisa: *"Soy libre por perder un beso"*

Este acto de oposición pública empañó el deseo de Alejandro por tener un ritual de corte unificado. Sin embargo, las cosas no quedarían así para Calístenes. En Bactra, algunos pajes reales conspiraron para matar a Alejandro. Estos adolescentes eran hijos de los nobles y se les enviaba al servicio del rey cuando alcanzaban la adolescencia. Sus tareas consistían, sobre todo, en velar el sueño del rey, en ayudarlo a montar en su caballo cuando iba de caza o a la guerra, y en seguirle en las cacerías. Como parte de su educación, Calístenes les daba clases y algunos de ellos lo admiraban ardentemente.

Uno de estos pajes se llamaba Hermolao. Alejandro lo había humillado durante una cacería por matar un jabalí reservado al Rey estando éste presente. Hermolao decidió vengarse y no se sabe con qué razones, convenció a los demás pajes para llevar a cabo la conspiración. Quizás se debiera a la progresiva orientalización del monarca, al hecho de que se casara con una bactriana, o el turbio asunto de la proskynesis. El caso es que los pajes perdieron la fe en Alejandro. Al día siguiente la trama se filtró y Hermolao fue torturado, in-

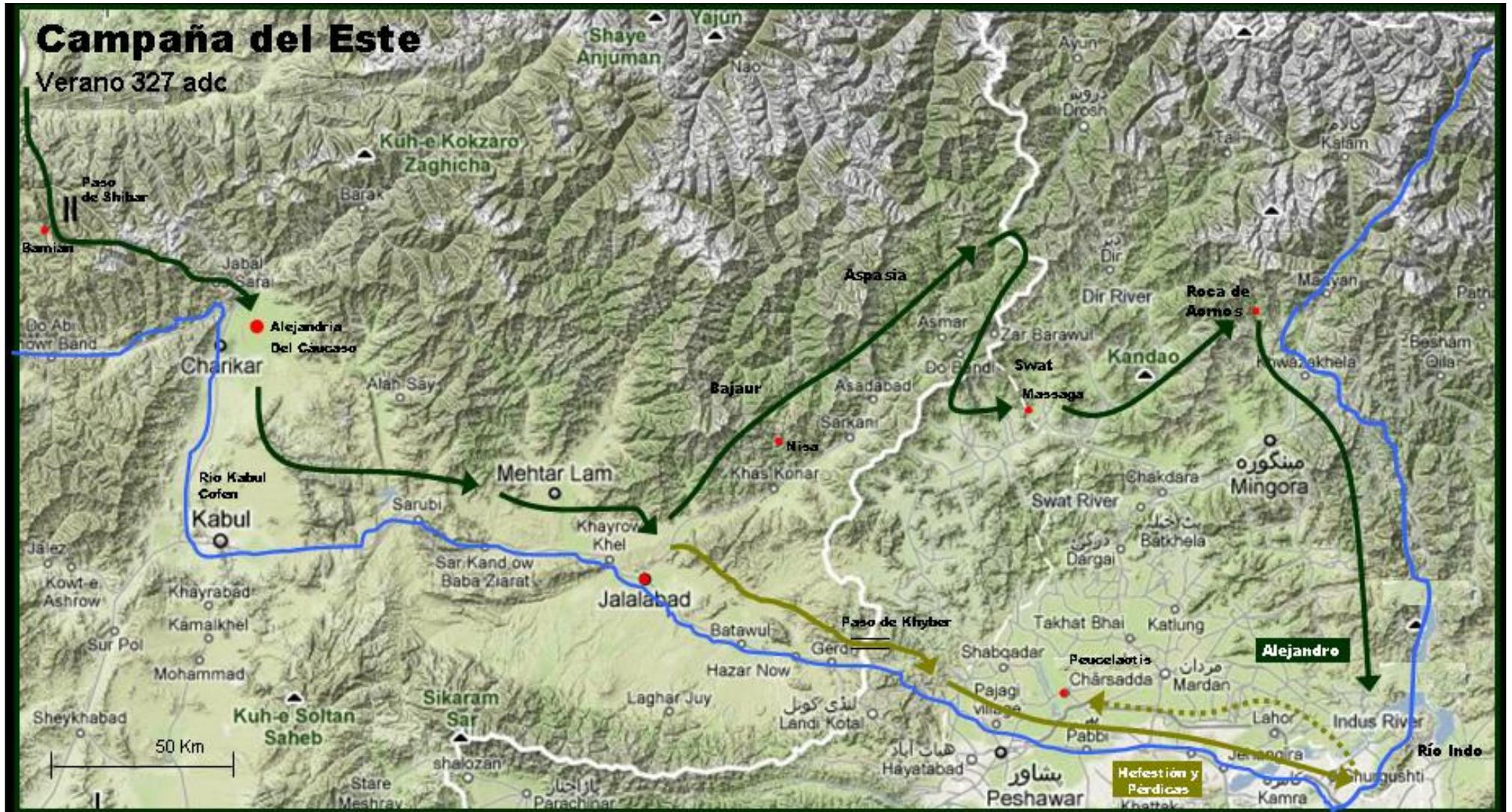


Paso de Khyber

terrogado y ejecutado. No parecía que Calístenes estuviera implicado en la conspiración, pero Alejandro no desaprovechó la ocasión, y lo mandó arrestar. Al ser Calístenes un ciudadano griego no podía ser juzgado por un tribunal macedonio, así que fue encarcelado. Calístenes murió en prisión sin que nadie le defendiera.

Campaña en el Este

Una vez pasada la primavera, el Rey dejó 10.000 hombres de infantería y 3.500 de caballería como guarnición en la Bactriana, mientras que el resto del ejército marchó con él hacia la India. Atrás quedaba la satrapía mejor defendida de su imperio. Alrededor del 43% de la infantería y sobre el 95% de la caballería en tareas de guarnición estaban en la



Hugo A. Cañete

Bactriana y Sogdiana. Sin duda, el punto caliente de los dominios del macedonio era Afganistán. Además, unos 10.000 griegos y macedonios veteranos licenciados, habían quedado en la región como colonos entre los bactrianos y sus vecinos. Esta política de colonización de Alejandro lo distingue de otros invasores de la historia moderna: británicos, soviéticos y norteamericanos. Esencialmente, Alejandro practicó una peculiar forma de repoblación. Introdujo en su ejército a gran cantidad de bactrianos jóvenes en edad de luchar, como reclutas - rehenes y reemplazó a éstos con gran número de colonos griegos y macedonios.

Cuando Alejandro cruzó por fin el Hindu Kush en dirección sureste hacia la India, dejaba atrás la región en la que había empeñado más tiempo de su vida luchando. Perdió más hombres en la Bactriana y Sogdiana que en cualquier otra parte del imperio persa. Y todavía no se había acabado. Alejandro sabía que debía invadir las fronteras remotas al este de la moderna Kabul para acabar del todo con la guerra. Uno de los compañeros de Beso, Barsaentes había huido en esa dirección y permanecía entre aliados potencialmente peligrosos. Otro compañero de Beso, Sisicoto andaba también por esa región esperando una oportunidad. Si estos enemigos habían podido formalizar alianzas con las tribus escitas de la región, también podrían hacerlo con los pueblos del

Indo. Esta zona nororiental, que se extendía hacia las montañas del norte desde las riberas de la margen izquierda del río Kabul, todavía no había sido pacificada y Alejandro no se podía permitir dejarse semejante amenaza a sus espaldas. Es por ello que debemos considerar la campaña que estaba a punto de comenzar en el este de Afganistán como un apéndice de la guerra en la parte norte.

El cruce del Hindu Kush por el ejército desde la vertiente septentrional fue más benigno esta vez. Alejandro escogió el paso de Shibar, que no planteaba problemas logísticos. Las nieves invernales se habían derretido, y una de sus Alejandrías, la del Cáucaso (cerca de Bagram), fundada en 329, esperaba al ejército al otro lado de las montañas. Llegados a la ciudad, el Rey reemplazó al gobernador persa por Nicánor, uno de los Compañeros, más de fiar para quedarse en su retaguardia. Dejó un grupo de colonos en la región y siguió su camino a lo largo del valle del río Kabul. Alejandro dividió sus fuerzas en dos cuerpos para hacer más efectivo el control del territorio. Hefestión y Pérdicas, con la mitad de los macedonios y todos los griegos mercenarios, fueron con dos columnas por la ruta principal Kabul-Jalalabad. Tenían órdenes de suprimir cualquier conato de resistencia e instalar guarniciones a lo largo del camino. Encontraron poca resistencia y tras cruzar sin problemas el paso de Khyber, lle-



Asalto a la fortaleza de Aornos

garon a las orillas del río Indo a principios de Diciembre. Pero cuando ya estaban diseñando un sistema de pontones que permitiera al ejército cruzar el río, la revuelta estalló a sus espaldas. Un hombre llamado Astis, que se había sometido a su paso, cambió sus intenciones de repente. Cuando todo parecía estar bajo control, Hefestión tuvo que volver a resolver esta amenaza que cortaba sus líneas de suministro. Tras un asedio de 30 días, Hefestión capturó el enclave rebelde de Peucelaotis (actual Charsadda) y ejecutó a Astis.

Mientras tanto, más al norte, Alejandro llevó a cabo una dura marcha al noreste de Jalalabad a través del frío y el agreste terreno montañoso de Bajaur y Swat. Sabía que, a la menor amenaza, muchos de los Hiparcos locales y sus seguidores huirían a los valles de las tierras altas de las montañas para estar a salvo de las tropas de Hefestión y Pérdicas. El argéada, con tropas de elite formadas por hipaspistas, agrianos y astetairoi de la alta Macedonia, dio un golpe de efecto a lo largo del arco norte para interceptarlos en sus fortalezas de invierno. El Rey, para dar velocidad a su asalto aumentó su caballería montando 800 hombres de infantería. La primera fortaleza atacada estaba en algún sitio al norte de Jalalabad, acabando en una carnicería para los defensores. Quizás fuera el efecto que iba buscando Alejandro. Sin

embargo, el macedonio mostró un trato amable con la gente de Nisa (al noreste de Jalalabad). Para ello hizo correr el rumor en el ejército de que habían encontrado a los descendientes del dios Dionisos, impresión que se reforzó cuando encontraron hiedra y laurel en una ladera cercana. El frío era intenso y las tropas de Alejandro no estaban equipadas para afrontarlo, así que urgía llegar a un acuerdo. Las gentes de Nisa pidieron condiciones para la paz y Alejandro consideró aceptable la entrega de 100 nobles como rehenes.

El destacamento de Alejandro invadió seguidamente la región de los Aspasianos, cuyos aterrorizados habitantes quemaron sus casas y huyeron a las montañas. Ignoraban que ese tipo de acciones no detendrían a los macedonios. El Rey esperó a que lo alcanzase Crátero, ordenándole fortificar el sitio abandonado para establecer una posición fronteriza. Mientras, Alejandro cruzando de valle en valle, dibujó los límites actuales de Afganistán en esa región, y se adentró en el territorio denominado hoy como Áreas Tribales Administradas Federalmente¹⁹ y Provincia de la Frontera Noroeste de Pakistán. Estas regiones remotas se caracterizan por haber tenido siempre campos de refugiados. En tiempos de Alejandro, se tildó a estos sitios como viveros de señores de la guerra y semillas de resistencia. En el valle de Swat, el argéada expugnó otra fortaleza llamada Massaga. Los habi-

tantes, prevenidos de su llegada, habían contratado 7.000 mercenarios indios y cuando las cosas se pusieron feas, éstos aceptaron un alto el fuego y se pasaron a los macedonios con la promesa de servir en su ejército. Sin embargo, al día siguiente, el Rey se arrepintió y los ejecutó a todos. Quizás considerara un peligro integrar un contingente tan numeroso de extranjeros en su ejército, máxime cuando habían demostrado tanta laxitud a la hora de defender a sus patrocinadores. Y tampoco era cuestión de dejarlos marchar para que engrosaran las filas del enemigo en las riberas del Indo.

Incluso la poderosísima fortaleza montañosa de Aornos²⁰ (actual Pir-sar), a un paso de las orillas del Indo, fue incapaz de contener el empuje de los macedonios, que creían que el mismísimo Hércules había fracasado una vez en su toma. La campaña invernal en la parte oriental de Afganistán se había acabado mucho antes que su homónima del norte. El Rey no mostró piedad hasta que hubo corrido largamente la sangre. Una vez conquistadas todas las fortalezas conocidas, dejó atrás potentes guarniciones y siguió su camino hacia el sur por la orilla occidental del río Indo. Más tarde, aguas abajo, se reunió con Hefestión y Pérdicas en el puente que éstos estaban preparando sobre el río, seguro ahora sí, de que la retaguardia estaba en calma. Un año más tarde, sin

20. Se trata de la Roca de Aornos. Las fuentes citan otra Aornos de menor importancia en las cercanías de Qunduz.

embargo, la revuelta volvería por sus fueros, una mala señal para la Historia venidera. Pero Alejandro Magno tenía una cita en el río Hidaspes y ya nunca más volvió a poner sus pies en Afganistán.

Un viejo problema sin solución moderna

Aunque Alejandro abandonara la región para no volver, la cultura helenística llegó para quedarse, y prueba de ello son los numerosos restos arqueológicos y los abundantes elementos helenizantes que perduran actualmente en la cultura de estos pueblos. Durante el periodo de dominación helenística, diádocos y epígonos gobernaron aquellas tierras, vertebrando las rutas comerciales que unirían en los siglos posteriores occidente con el extremo oriente. Con el paso de los siglos, la zona sufrió otras invasiones de extranjeros, más ninguna provino de Europa. Hubo que esperar a la baja edad media para ver documentada la visita de un occidental, Marco Polo, que viajó a través de la antigua Sogdiana, siguiendo la ruta de las caravanas, también llamada “de la seda”, en su viaje hacia la corte del Gran Khan. Sin embargo, en los últimos tres siglos, algunas superpotencias de corte occidental han puesto su punto de mira en el territorio comprendido por el actual Afganistán. En orden sucesivo, han sido Gran Bretaña, la Unión Soviética y los Estados Unidos de América.



Tropas británicas se dirigen a Afganistán

El Imperio Británico fue el primero en enviar, desde el valle del Indo, un gran ejército en 1838 con la intención de someter a los afganos. Según el plan británico, todo consistiría en cambiar su líder político (Dost Muhammed) por otro más proclive a los intereses de los invasores europeos (el exilado Shah Shuja). La expedición británica, compuesta por 15.000 soldados, además de pésimamente preparada, fue de lo más pintoresca. Junto a los soldados, viajaban 38.000 sirvientes, banda de música, gaitas, ponies de polo, reas de perros de



William Brydon, único superviviente de la retirada de Kabul

caza y 30.000 camellos cargados de suministros. Por poner dos ejemplos de lo estafalario del contingente, los oficiales de un regimiento necesitaron dos camellos solo para cargar su tabaco, siendo necesarios sesenta para acarrear sobre sus lomos las pertenencias de un brigadier.

El general Sir John Keane celebró anticipadamente el éxito de su misión en Kandahar y Ghazni, llegando posteriormente a Kabul en 1839, donde instauró a Shuja en el poder. Esta intromisión en los asuntos internos locales fue poco a poco creando resentimiento entre los nativos del país. Resentimiento que se fue acrecentando a medida que los contingentes ingleses iban regresando a la India. La espita de la rebelión saltó finalmente cuando un oficial inglés fue brutalmente asesinado. En enero de 1842, los 4.500 soldados bri-



Soldados británicos hostigados por los afganos

tánicos que aún quedaban en Kabul se retiraron, seguidos de 12.000 sirvientes en una "marcha de la muerte" hacia el este en mitad del crudo invierno afgano. Solamente un europeo sobrevivió a tan penosa prueba. Shuja, sin protección británica, fue asesinado en abril y el territorio se desintegró en una amalgama de tribus feudales dirigidas por caudillos locales. Dost Muhammed regresó al trono desde el exilio y las aguas volvieron a su cauce en el peculiar equilibrio afgano.

Algunas décadas más tarde, los británicos volvieron a campar por las abruptas tierras de Afganistán. Dost Muham-

med murió en el año 1863 sin haber conseguido unificar políticamente el territorio. Los doce hijos que le sobrevivieron se enzarzaron en una guerra civil que alarmó a las potencias coloniales vecinas, esto es, Gran Bretaña y Rusia. Ambas aprovecharon el momento para ganar influencia política a través de las distintas facciones. Cuando Gran Bretaña comprendió que a pesar de sus esfuerzos, estaba perdiendo influencia en la zona, decidió, otra vez, intervenir militarmente.

La Segunda Guerra Afgana (1878-1880) comenzó con la invasión de Afganistán por 35.000 soldados británicos. La campaña se abrió con tres frentes distintos de progresión, que aseguraron el éxito de la ocupación. Entonces, la naturaleza orográfica y climática afgana les dio la bienvenida. Debido a las condiciones insalubres de la región y a las altas temperaturas veraniegas de más de 40° C a la sombra, una epidemia de cólera asoló a las tropas británicas. Una vez superadas estas dificultades, se siguió adelante con la campaña, que acabó con éxito en 1879; o eso pensaban los súbditos de la reina Victoria. Una vez más, cuando todo había vuelto a la calma, un alto oficial inglés fue asesinado. Los británicos respondieron con la captura masiva y ejecución de los considerados rebeldes.

En un abrir y cerrar de ojos estalló la rebelión y se reanudó la guerra. En la batalla de Maiwand (Julio de 1880), una fuerza británica de 2.500 hombres sufrió una severa derrota cerca de Kandahar, como la que sufriera Farnuces a orillas del río Politimeto 2200 años antes. Sin embargo, no tardaron en llegar refuerzos a la zona. De la mano del general Sir Frederick Roberts, hicieron acto de presencia 10.000 soldados acompañados de 7.000 sirvientes, 4.700 caballos y ponies, 6.000 asnos y mulas, y 13.000 animales de transporte de diverso tipo. Tras una serie de enfrentamientos armados con los afganos, los británicos renunciaron a tener una presencia permanente en Kabul y a retirarse a Pakistán a cambio de la cesión a Gran Bretaña del control de la política exterior afgana. En compensación, obtendrían protección y ayuda de los británicos. Una vez acabada la campaña, Roberts escribió estas palabras:

Estoy en lo cierto cuando digo que mientras menos nos vean los afganos a los occidentales, menos odio nos tendrán. Si en el futuro Rusia intentara conquistar Afganistán o cruzarlo para invadir la India, tendríamos más posibilidades de que los afganos se pusieran de nuestro lado en tanto en cuanto evitemos, en el ínterin, toda interferencia con ellos.

Un siglo más tarde, en plena guerra fría, la Unión Soviética



Afganos sobre los restos de un helicóptero soviético Mi-4

envió a 100.000 soldados a instaurar un gobierno títere en Afganistán (1979-1989), país que seguía siendo gobernado todavía por señores tribales. Naturalmente, las armas de las que disfrutaban los rusos en el siglo XX no eran las de 100 años atrás. Tras alcanzar con facilidad los objetivos iniciales

fueron presa de una falsa sensación de victoria. Creían que aquello era un asunto de semanas, pero las semanas se tornaron años y los años, lustros.

Los soviéticos habían preparado la invasión concienzudamente, construyendo carreteras y autopistas que la facilitarían. Siempre, claro, con el pretexto de ayudar a los afganos. Sin embargo, en el contexto de la guerra fría, Estados Unidos pensó que apoyando a la resistencia afgana podía darle a la Unión Soviética su guerra de Vietnam. El dinero y el armamento americano mantuvieron viva la llama de los muyahidines, los señores de la guerra actuales.

En 1986, Gorbachov se refirió al conflicto afgano como una herida sangrante para la Unión Soviética. Los Estados Unidos interpretaron estas declaraciones como una debilidad en la determinación soviética de mantenerse en Afganistán y decidieron darle el golpe de gracia mediante el suministro de misiles tierra aire Stinger a los muyahidines. Las pérdidas soviéticas pronto ascendieron a 118 aviones y 333 helicópteros. Finalmente, el 15 de fe-

brero de 1989 el último soldado soviético se retiró de suelo afgano, dejando atrás 14.500 camaradas muertos, a la par que otra superpotencia abandonaba Afganistán.

Tras la salida soviética, los muyahidines volvieron a gobernar el territorio como los antiguos señores de la guerra feudales²¹. Pronto la corrupción, el caos y la violencia se apoderaron de Afganistán. Un movimiento religioso, los Talibán, surgieron como respuesta a estos desmanes que afectaban a los principios morales. Financiados por el millonario saudí Ben Laden y con un profundo resentimiento hacia los países occidentales, que habían armado a las facciones guerrilleras y luego habían hecho bien poco por evitar el caos en el país, comenzaron una campaña de dominación al frente de su líder el Mullah Omar. En septiembre de 1996 entraron en Kabul y se hicieron con el país, arrinconando a los muyahidines de la Alianza del Norte en el Valle del Panshir.



Miembro de la TF-Dagger a lomos de pony en el asalto a Mazar-i Sharif

Una vez dominado el país, los talibán permitieron que células terroristas integristas islámicas como Al-Qaeda se instalaran en su territorio. Fruto de la actividad llevada a cabo en estas bases, se planificó y ejecutó, entre otros, el atentado a

21. Algunos expertos creen que la segregación moderna en tribus y facciones feudales de señores de la guerra se remonta al siglo V de nuestra era, cuando la invasión de los Hunos provocó la desintegración de la ley y el orden, provocando el aislacionismo y parroquianismo raíz de la fiera tribal y de la independencia a nivel microgeográfico y mutua hostilidad que caracteriza la estructura de la sociedad afgana en siglos recientes. Calamidades idénticas tuvieron lugar en los siglos XIII, XIV y XVI con las devastaciones provocadas por el Gran Kan, Tamerlan y Babur respectivamente.



Un vehículo norteamericano ha sido atacado en una emboscada en un paso de montaña

las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001. Como consecuencia, otra superpotencia vuelve a poner sus ojos en Afganistán. En el plazo de un mes, los cielos afganos hervían de aviones y helicópteros equipados con la última tecnología. Al contrario que las antiguas tropas coloniales británicas, un piloto norteamericano podía sobrevolar territorio afgano a Mach 1, soltar la carga de bombas y volver a la base en cuestión de horas. Solo unos cuantos grupos de tropas especiales estaban sobre el terreno. Algunos de ellos lleva-

ron a cabo en 2001 el célebre asalto a Mazar-i-Sharif, una de las principales bases terroristas, a lomos de pony afgano. Fue la primera carga de caballería del ejército de los Estados Unidos en el siglo XXI.

La ofensiva desencadenada por USA y sus aliados dio sus frutos, y pronto los talibanes huyeron a sitios más seguros en las tierras altas de las montañas del Hindu Kush, quedando los campos de entrenamiento de terroristas de Al-Qaeda abandonados. Una vez más, los invasores extranjeros pusieron en el poder un régimen, el de Hamid Karzai, afín a los intereses de la Coalición. Lo que pueda pasar en el futuro nadie lo sabe, pero el gobierno afgano cada vez tiene más problemas para hacer efectiva su potestad administrativa, jurídica y política en sus territorios, y las tropas de la Coalición están atrincheradas en sus bases, corriendo gran peligro cuando los convoyes se desplazan por la geografía afgana. Incluso se han llegado a dar casos en los que las tropas pagan a los líderes locales para que no haya problemas en su sector²². Esta situación estratégica se antoja insostenible de cara a ejercer un control efectivo del país y mantener alejados a talibanes y terroristas.

Todas las invasiones llevadas a cabo en Afganistán fueron bien en sus comienzos, pero hasta la presente, ninguna su-

22. véase la noticia reciente sobre el caso italiano, aunque se sospecha que es práctica habitual en otros contingentes de la alianza

perpotencia ha encontrado una alternativa viable a lo que se conoce como la receta del fracaso en Afganistán:

1. Estimación del tiempo y recursos necesarios para conquistar y controlar la región.
2. Doblar lo estimado
3. Repetir el paso dos las veces que sean necesarias.

Y es que parece claro que Afganistán no puede ser dominado si los planificadores no se toman en serio la verdadera dimensión de la empresa. No valen medias tintas. Los invasores deben considerar las terroríficas consecuencias de la guerra en invierno (ya que todas las ganancias de las campañas de verano se desvanecen con las primeras nieves), los suministros, las comunicaciones, la cohesión interna, las relaciones y alianzas con los clanes y la eventualidad de llevar la guerra más allá de sus fronteras.

Para imponer su autoridad, Alejandro actuó unilateralmente y con pocas restricciones: el fin siempre justificaba los medios. Sus acciones contundentes fueron anticipo de lo que vendría después. Es el caso de las fuerzas armadas soviéticas, de las que se ha escrito:

“Tras la experiencia acumulada a lo largo de tres siglos, los



Despliegue de la Coalición en 2007

soviéticos han definido las condiciones que han de darse para que la ocupación de territorios musulmanes y la supresión de la resistencia local tengan éxito:

1. Aislamiento efectivo de la región.
2. Destrucción de los liderazgos locales y especialmente de

su habilidad para unirse.

3. La erosión del apoyo popular a cualquier tipo de resistencia a través de la destrucción de la infraestructura económica y social local.”

Sin embargo, estas medidas por sí solas tampoco son suficientes. Unas potencias han aplicado una serie de medidas, otras potencias han aplicado otras, pero ninguna ha actuado sin restricciones como lo hizo Alejandro. Ciertamente es que en el panorama moderno tampoco podrían. Alejandro evitaba tomar medidas a medias. Fue hasta los más remotos confines de Afganistán y de sus salvajes fronteras. Dio caza a todos y cada uno de los rebeldes. Estableció fundaciones militares en el territorio para sellar las fronteras. Repobló regiones enteras con colonos europeos, veteranos de sus ejércitos. Asoló y quemó ciudades, poblados, granjas, fortalezas, valles (como el del río Politimeto) y hasta “campos de refugiados”. Castigó a civiles como si fueran militares. Eliminó a la propia disidencia interna²³. Aplicó la guerra total contra quien osó desafiarlo o sublevarse, pero también se mostró magnánimo con los que le profesaron lealtad.

A modo de corolario, y tras haber analizado el problema afgano, se pueden extraer algunas sentencias de interés:

Los invasores deben tener la firme resolución de capturar a todos y cada uno de los señores de la guerra, ya que la excepción de uno solo frustrará las mieles del resto de las victorias.

Los invasores no pueden tener éxito si evitan la lucha más allá de las fronteras de Afganistán, debido a la gran libertad de movimientos de que disfrutaban las partidas de insurgentes, que pueden esconderse y atacar a placer.

Los invasores deben calcular con precisión donde marcar la línea entre la muerte y la magnanimidad, benevolencia o conciliación. Mucho de una o de otra harán interminable el conflicto.

Finalmente, todos los invasores hasta la presente han tenido que enfrentarse a un dilema: Una vez que la situación ha desembocado en un punto muerto donde la posibilidad de ganar con los condicionamientos imperantes (tal puede ser la situación actual de las tropas de la Coalición) no se vislumbra en el horizonte, todos han tratado de minimizar pérdidas a través de una de las siguientes dos estrategias de salida:

1. Retirada, como hicieron Británicos y Soviéticos, con grandes pérdidas.

23. Parmenión, Filotas, Clito, Calístenes....



Tropas españolas desplegadas en Herat (Alejandría de Aria) en 2005.

2. Dejar un gran ejército de ocupación permanente en el territorio, tal y como hizo Alejandro.

Ninguna de estas opciones parece aceptable para los Estados Unidos y los miembros de la Coalición, que tendrán que buscar otro camino a través de las enseñanzas de los que pasaron por allí antes que ellos, teniendo en cuenta que aparentemente los requerimientos para dominar estos terri-

torios de Asia Central, tanto ahora como en la época de Alejandro, los marcan sus condiciones naturales y sociales. Alejandro, con su modo de actuar, dibujó un mapa imperecedero de la región, tanto político como militar, que todavía puede ser reconocido en las mesas de planificación de estado mayor de los ejércitos modernos.

El macedonio condujo a sus hombres a una misión que necesariamente tuvo que evolucionar de los grandes campos de batalla a la guerrilla contrainsurgente. La moral de los hombres se resintió cuando se dieron cuenta de la naturaleza de la resistencia afgana y de los plazos prometidos para la vuelta a casa a Grecia. En la Bactriana, los aliados y los enemigos eran a menudo in-

distinguibles hasta que era demasiado tarde. Los macedonios y los griegos habían sido entrenados para batallas campales, pero ahora su misión consistía en otros roles más desagradables: garantes de la paz, reconstructores y colonos. Unas veces les ordenaban no tener piedad y otras veces que dieran cuartel, o incluso que mostraran deferencia con sus enemigos.

Afganistán ha sido siempre un territorio invertebrado más que una nación en el sentido convencional. Algunas veces ha tenido líder, bandera, moneda y sistema jurídico, pero las tradiciones y costumbres de independencia locales preponderan fuertemente sobre cualquier institución política superior. Después de todo, Afganistán está compuesto por distintas etnias que hablan más de 30 idiomas. Solo el 12 % de la tierra es cultivable [incluso su principal cultivo, el opio, es ilegal] dispersada por valles fértiles aislados entre desiertos y montañas, por lo que no tienen mucho que perder resistiéndose a intrusos invasores.

En Afganistán, una rebelión siempre se perpetúa en el tiempo. Una fuerza compuesta por un mero 10% de la población puede valerse del terreno agreste y el clima hostil muy eficientemente contra ejércitos muy superiores. Incluso estas minorías pueden crecer circunstancialmente hasta el 90% de la población. Los locales no se dejan dominar por el mero hecho de que un extranjero invada sus tierras. El país no tiene elementos de vertebración ni límites definidos. Éstos son nominales y poco importan a sus habitantes.

Las pocas ciudades grandes que hay en Afganistán están todas en su periferia: Mazar-i-Sharif en el norte, Herat en el oeste, Kandahar en el sur y Kabul en el este. Muchos grupos

étnicos en Afganistán tienen más cosas en común con etnias de otros países circundantes que con el resto de la población de su propio país. Esto permite a los rebeldes moverse a través de fronteras, dispersarse y reagruparse, siendo amparados por gentes de cultura afín. Bajo estas circunstancias, al margen de que se conquisten o no las grandes ciudades, un invasor nunca puede llegar a tener una noción clara de quién está ganando la guerra.

Por todo lo anterior y dado que no es posible aplicar la guerra total llevada a cabo por Alejandro, cabría preguntarse, si no sería más rentable en términos políticos abandonar el modelo de estado centralizado actual, que es una mera ficción, con sus instituciones prácticamente sitiadas en Kabul, y adoptar una política más realista de alianzas con determinados clanes que se hagan responsables de instaurar cierto orden en el territorio y mantener a raya a los grupos (o clanes) fundamentalistas aislados en las montañas; que no nos engañemos, estarán también apoyados por otros grupos de intereses internacionales como una ficha más en el tablero de ajedrez que representa el actual equilibrio internacional.

Sin embargo, no es menos cierto, que la adopción de una política similar, si bien normalizaría la situación en el país desde el punto de vista internacional, significaría renunciar

de un plumazo a los valores occidentales de las potencias implicadas en el conflicto: democracia, libertad del individuo, derechos de la mujer, inevitable guerra civil crónica, etc.

Lo que depare el futuro en este sentido lo veremos con el tiempo, aunque no parece que la Coalición esté mostrando el interés, la energía y la determinación necesarios para llegar a buen puerto. Como decía el adagio: Para tomar la decisión de hacer la guerra, hay que tener el compromiso firme y la posibilidad de ganarla.

Hugo A. Cañete
Málaga, Octubre de 2010
gehm.hcc@gmail.com

Bibliografía:

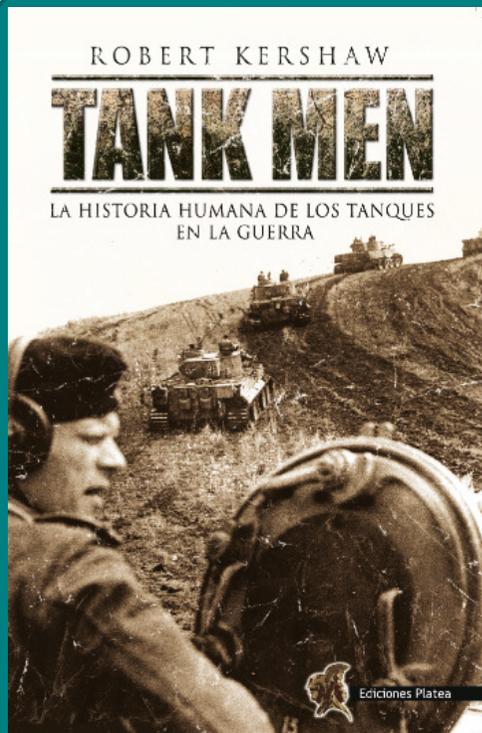
- **Into the land of bones, Alexander the Great in Afghanistan.** Frank L. Holt
- **Alejandro Magno.** A. B. Bosworth.
- **Alejandro Magno.** Roger Caratini
- **Alexander the Great at war.** Osprey publishing.
- **Empire of Alexander the Great.** Debra Skelton & Pamela Dell.
- **Special Operation Forces in Afghanistan.** Osprey publishing.
- **Alexander the Great. His armies and his campaigns 334-323 a.C.** Osprey publishing



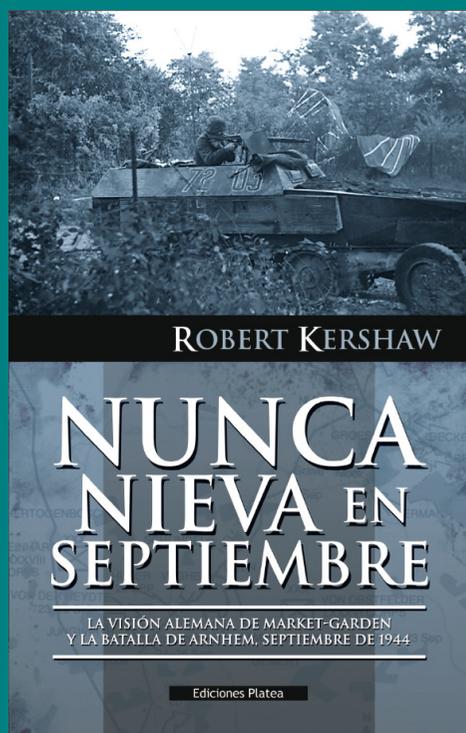


COLECCIÓN WAR EBOOK

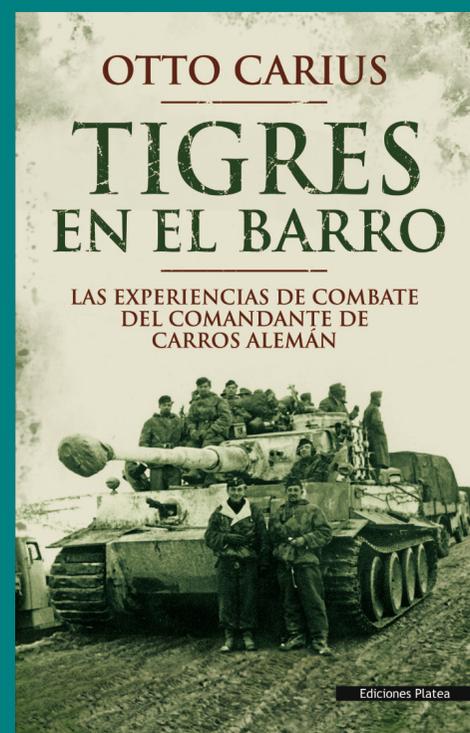
COLECCIÓN EN PAPEL



Navidad 2011

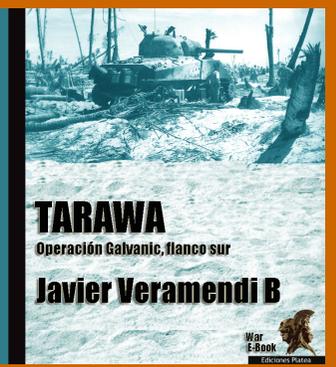
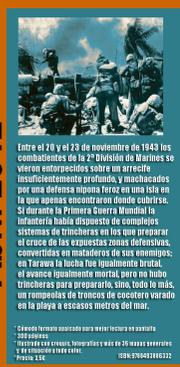


Abril 2012

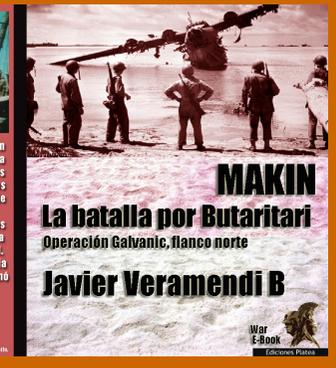
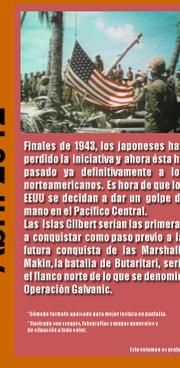


Mayo 2012

Abril 2012



Abril 2012



Mayo 2012



GEHM

Grupo de Estudios de Historia Militar

El Grupo de Estudios de Historia Militar es un equipo formado por varias personas con conocimientos avanzados en diversas épocas y aspectos de la historia militar; cuyo objetivo es intercambiar conocimientos, debatir puntos de vista, investigar sobre aspectos concretos, y publicar obras de calidad sobre historia militar; formando una plataforma que sirva para proponer temáticas de interés, colaborar en la búsqueda de fuentes, intercambiar posibles ideas y enfoques, participar en la terminación formal de las obras y colaborar en la búsqueda de canales de publicación de las mismas.

WWW.GEHM.ES